

# La voz

## NOELIA AMARILLO



Lectulandia

Escondidas en un claro entre montañas dos niñas, Marta hija de una humana y Laila, hija de una diosa se hacen una promesa.

*«Te casarás con mi primer descendiente varón. Seremos hermanas eternamente...»*

Años después, Efrén tiene un sueño: ser un gran bailarín, y una promesa que cumplir, aquella que su bisabuela Marta hizo hace mucho, mucho tiempo a una mujer que no existe... O tal vez sí.

Noelia Amarillo

# La voz

ePub r1.0

Titivillus 06-11-2019

Título original: *La voz*  
Noelia Amarillo, 2017

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

## Agradecimientos

Sé que puede sonar extraño, pero en esta ocasión mis agradecimientos van dirigidos a una persona que no existe. Ruth.

Debo reconocer que la idea de escribir *La Voz* y por ende sobre estos cinco hermanos tan peculiares no fue mía. O sí lo fue, pero de un modo extraño.

*La Voz* surgió de la cabeza de una de mis protagonistas femeninas, Ruth. En su libro ella contaba a su hija fábulas sobre cuatro hermanos en cierto modo “mágicos” que cuidaban de su hermana pequeña, quien no hacía más que escaparse con su mejor amiga, una humana, y darles quebraderos de cabeza.

Puede decirse que según iba inventando las historias que Ruth contaba a su hija, fui creando *La Voz*. Y ese es el motivo de que mis agradecimientos en esta novela vayan para una persona que no existe.

Gracias, Ruth, por permitirme conocerte, por susurrarme en sueños y por contarme la maravillosa historia de Laia, Antares, Merak, Ailean, Simba y Efrén. Fue un placer crearte... Y creados.

## Acto 1.

*Soy la voz en los campos cuando el verano se ha ido.*

*El baile de las hojas cuando sopla el viento de otoño.*

*Nunca duermo durante el frío y largo invierno.*

*Soy la fuerza que crecerá durante la primavera<sup>[1]</sup>.*

*Otoño, 1908.*

—¿Qué voy a hacer contigo ahora?

Tras nueve meses de impaciente espera tenía por fin ante sus ojos la vida que había gestado en su vientre: una pequeña y regordeta recién nacida.

Madre desvió la mirada del cuerpecito rechoncho y observó disgustada los despojos sanguinolentos que habían salido de su vientre junto al bebé. El parto había sido un tormento. Sí, sabía que iba a ser sucio pero no pensó que fuera a ser doloroso, quizá si lo hubiera sabido no se habría embarcado en esa empresa, pero tras siglos de observar a los humanos, había anhelado tener un bebé propio entre sus brazos y, llevada por la curiosidad, decidió emplear el mismo método que utilizaban ellos, que resultó ser un verdadero incordio. Un embarazo demasiado largo, un cuerpo cada vez más pesado y torpe, y por último, un parto engorroso y laborioso.

Un verdadero fastidio.

Harta de soportar tanta incomodidad dejó que su sólido y efímero cuerpo mortal se transformara en la silueta grácil e intangible en la que habitaba su espíritu desde que se había creado a sí misma miles de siglos atrás. Se elevó sobre una tenue corriente de aire y observó de nuevo a la pequeña vida que había surgido de su interior. Sonrió. El sufrimiento había merecido la pena. Era un ser precioso, una criatura dotada de humanidad, de emociones, de vida... Un bebé que les enseñaría a sus otros hijos, y a ella misma, la belleza que anidaba en el alma de los humanos: sus sentimientos. Sentimientos de los que ellos carecían. Al fin y al cabo eran pura energía.

Un sonido quejumbroso la hizo abandonar sus pensamientos y dirigir la mirada al diminuto ser que se removía incómodo sobre el suelo del bosque.

Descendió hasta que su cuerpo etéreo quedó suspendido sobre el bebé y tocó curiosa la piel cubierta de grasa, la cabecita sin pelo, la boca sin dientes, los ojos hinchados y cerrados, los pequeños puños apretados con cinco arrugados dedos acabados en uñas exquisitamente formadas.

—¿Ya estás satisfecha? —resopló Antares.

Madre se giró, pero no respondió, se limitó a alzar una ceja al ver la cara enfadada de su hijo mayor, para a continuación soplar delicadamente sobre el bebé, este se elevó lentamente hasta quedar frente a ella.

Canturreó mimosa una cancioncilla humana y sonrió al ver que la criatura cerraba los ojos arrullada por su voz.

—Merak —susurró sin levantar la mirada del objeto de su fascinación.

—Madre. —El segundo de sus hijos inclinó la cabeza en un respetuoso saludo.

—Laia necesita una cuna. Encárgate de ello —le ordenó besando la naricilla de la recién nacida.

—¿Laia? —preguntó sorprendido Merak. Su madre se mostraba extrañamente cariñosa, casi parecía humana.

Madre alzó de nuevo una ceja.

—Como desees —se apresuró a obedecer al ver el gesto de su progenitora.

Los dedos del hombre se iluminaron y de sus manos brotaron zarcillos de magma que se derramaron en el suelo y fueron tomando forma hasta convertirse en una estructura redondeada de porosa roca volcánica.

Madre observó la cuna con curiosidad. No se parecía en absoluto a aquellas que había visto en el mundo de los hombres. No obstante se encogió de hombros y dejó que el bebé descendiera hasta quedar acomodado en ella. Pero a la pequeña Laia no debió gustarle demasiado su nueva cama, porque de pronto empezó a llorar.

—¡Ailean! —llamó al tercero de sus hijos—. Limpia este desastre —ordenó señalando la mezcla de sangre, placenta y hojas caídas que formaban el suelo del bosque—. Tu hermana no es feliz en un lugar tan sucio.

—Como desees Madre. —El joven observó con determinación el suelo manchado de cosas verdaderamente repugnantes. Un instante después comenzó a filtrarse a través de la tierra un reguero de agua a la vez que en el cielo, despejado hacía escasos segundos, se formaron nubes tormentosas que no tardaron en descargar una potente lluvia.

—Ailean, ¿tienes que ser siempre tan exagerado? —le preguntó Madre con su ceja de nuevo arqueada mientras miraba al bebé que había comenzado

a gritar al sentir el agua fría caer sobre su cuerpecillo.

Ailean carraspeó avergonzado. Un instante después la lluvia cesó y las nubes se difuminaron hasta que el cielo volvió a quedar despejado. Mas no sirvió de nada, los presentes en el claro estaban empapados.

—Nuestra hermana está helada, pobrecilla —susurró el último de los hermanos. Un joven de piel dorada, ojos del color del ámbar y cabello rubio y despeinado. Extendió las manos sobre el bebé y de ellas comenzó a emanar un tibio calor que convirtió el desconsuelo de la pequeña en sueño.

Madre observó complacida al menor de sus hijos, había conseguido que el bebé se tranquilizara y durmiera. Ella haría lo mismo, merecía un respiro tras el excesivo trabajo al que había sometido a su cuerpo.

—Me retiro a descansar —murmuró a la vez que su silueta etérea comenzaba a tornarse invisible—. Antares, ocúpate de tu hermana —ordenó.

—¿Ocuparme? ¿De ella? ¿Yo? —respondió disgustado el interpelado. Un instante después sintió un ramalazo de dolor en la sien que le hizo tambalear—. Como deseas, Madre. —Obedeció al punto. El dolor desapareció.

Madre era por lo general atenta y paciente con sus hijos. Pero si algo no permitía era que pusieran en duda sus palabras cuando daba una orden. Había dejado claro hacía nueve meses que quería un bebe de padre humano y nada ni nadie la había podido convencer de no llevar a cabo la locura que había acabado cometiendo. Una vez llevado a término su objetivo tampoco iba a permitir el menor titubeo ante sus órdenes. Miró a su hijo mayor enfadada, alzó una ceja y desapareció.

—No deberías retarla —le aconsejó Merak.

—Es un error hacerlo —confirmó Simba—. Si madre quiere algo, lo tiene. Da igual que sea un capricho. —De hecho su nombre era buena prueba de ello. Había decidido crearle tras pasar un tiempo en compañía de unos humanos de piel negra... y le había dado el nombre que ellos otorgaban a uno de sus animales<sup>[2]</sup>.

—Por supuesto —asintió Antares—. Pero, ¡¿esto?! —exclamó observando disgustado al bebé—, ¿para qué quiere esta cosa? —gruñó al ver que la pequeña comenzaba a fruncir el ceño—. Solo llora; no sabe hacer nada, apenas puede crear energía ni manejarla, no sirve para nada, ni siquiera es como nosotros. Es... medio humana —siseó con una mueca de asco.

—¡Antares! —exclamó Simba dolido. Era el más joven de todos, o al menos así había sido hasta la llegada del bebé—, no estás siendo justo. Madre dice que ella nos enseñará a ser... mejores.



—¿Mejores? —Antares alzó una ceja, un gesto idéntico al de su madre cuando esta se enfadaba—. ¿Acaso somos peores que los humanos?

—Madre desea que seamos... —Simba se interrumpió sin saber cómo continuar, realmente no sabía qué era lo que deseaba su madre.

—Quiere que tengamos sentimientos y cosas de ese estilo —acabó la frase Ailean.

—¿Y esta cosa diminuta y llorona va a enseñarnos a tenerlos? —preguntó Merak despectivo—. ¡Solo sabe berrear! —exclamó tapándose los oídos ante el llanto cada vez más descarnado de la pequeña—. Es un incordio.

—Ella solo quiere lo mejor para nosotros —aseveró dudoso Simba observando la cara enrojecida y arrugada del bebé. Su nueva hermana era muy fea—. Debemos intentar comprender a Madre —alegó frunciendo el ceño.

—¿Comprenderla? Ni ella misma se entiende —gritó enfadado Antares sin dejar de mirar al bebé. Si seguía llorando de esa manera durante toda su vida, la eternidad se tornaría insoportable—. Marchaos y dejadme en paz. ¡Tengo que ocuparme de esta cosa! ¡No puedo perder el tiempo con vosotros! —exclamó, furioso por la tarea encomendada.

Sus hermanos asintieron y desaparecieron. Merak dejó que su cuerpo se filtrara al interior de la tierra, Ailean se posó sobre el riachuelo que había creado en el suelo y se convirtió en agua y Simba se transmutó en un dorado rayo de sol y se alejó jugueteando entre las sombras del bosque.

Antares se acercó a la cuna. El bebé, continuaba llorando.

—¿Qué demonios voy a hacer contigo? —se preguntó.

Laia se removió incómoda, su boca se frunció y un sonido parecido a un maullido salió de ella. Estiró los bracitos y los volvió a encoger para luego comenzar a llorar de nuevo. Antares frunció el ceño. El bebé no estaba cómodo. Alzó una mano y una ligera corriente de aire tomó forma bajo la criatura que reposaba sobre la roca porosa. El bebé suspiró. La piedra era dura, el aire no. Antares dio vueltas alrededor de la pequeña, pensando en cómo se cuidaba de “eso”, luego las comisuras de sus labios se elevaron. No le salió muy bien, no estaba acostumbrado a sonreír, pero aun así, fue indudablemente un esbozo de sonrisa. Creó una pequeña nube con la escasa energía del agua que habitaba en su interior y la dio forma hasta que tomó la consistencia de algodón húmedo, luego, procedió a limpiar toda la grasa y la sangre que cubría el diminuto y arrugado cuerpecito.

Teresa observó angustiada los campos que tanto trabajo le había costado labrar a su marido. Su mirada se perdió en las hileras de plantas rebosantes de frutos; listos para ser recolectados y luego bajó hasta su hija. Marta dormía contra su pecho, acomodada en los pliegues del enorme chal que había colocado sobre su vientre y espalda para luego atárselo cruzado al hombro. Así por lo menos podía tener ambos brazos libres.

La mujer se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y, tras emitir un suspiro de frustración, comenzó a caminar hacia los cultivos con un enorme capazo entre las manos. De nada servía llorar por lo perdido. Su marido estaba enterrado tras la cabaña, las fiebres le habían matado el mes anterior, y ella debía hacerse cargo de la recolecta aunque tuviera que llevar a su hija a costas. No podía permitirse ni un minuto de compasión o desaliento.

Llegó hasta la primera hilera de vides y cerró los ojos. No era demasiado trabajo, podría hacerlo. Necesitaba hacerlo. Nadie iba a ayudarla. Se agachó, cogió el primer racimo de uvas maduras en una mano y lo cortó con el cuchillo que llevaba en la otra, lo dejó con cuidado en el cesto y tomó otro. Solo quedaban mil más por recoger...

Llevaba gran parte de la mañana vendimiando cuando escuchó llorar a un bebé. Pero no era su pequeña Marta. El sonido parecía llegar de un extremo del campo. Abandonó su trabajo y se dirigió hacia allí con premura, preocupada porque un niño se hubiera perdido en sus tierras.

Su preocupación fue infundada... o quizá no.

Al final de la última de las hileras de vides se encontró con la estampa más extraña que jamás hubiera podido imaginar: un hombre joven acunaba contra su cuerpo a un bebé recién nacido. Era muy alto y delgado, su piel era pálida, casi transparente; su largo cabello era del color de la nieve y sus penetrantes ojos, de un gris tan claro que casi parecía blanco.

Teresa se detuvo estremecida, había algo en ese hombre que la hizo retroceder. Exudaba fuerza y poder. Un poder puro, primigenio. Parecía estar rodeado de fuertes corrientes de aire que le alborotaban el pelo y hacían ondear sobre sus tobillos la extraña túnica blanca que era su única vestimenta.

Desvió la mirada hacia el bebé desnudo que acunaba con torpeza entre sus brazos. La pequeña tenía la cara congestionada por el llanto, abría su diminuta boquita sobre los largos y pálidos dedos masculinos y los succionaba buscando una leche que él no podía darle.

—Ayúdame —le llevó el viento la voz del hombre—. No sé por qué llora. Me han ordenado encargarme de mi hermana y me está volviendo loco con

sus lloros —dijo irritado a modo de explicación.

Teresa abrazó a su hija y dio un paso atrás, asustada por el aura de poder intangible que rodeaba al desconocido, pero un instante después el llanto de la pequeña la hizo olvidarse de toda precaución. Irguió la espalda, elevó la barbilla y caminó con engañosa serenidad hacia la extraña pareja. Al ver la carita desesperada del bebé, lo cogió con cariño de las manos del hombre y lo acomodó en el interior de su chal. Luego sacó uno de sus pechos colmados de leche y se lo ofreció. La recién nacida no necesitó más, acogió el hinchado pezón entre sus labios y comenzó a succionar.

—Pobrecilla, estás muerta de hambre —susurró acariciando la mejilla de la niña—. ¿Vuestra madre ha muerto en el parto? —preguntó al joven, intuyendo que ese era el motivo por el cual la pequeña estaba sin alimentar.

—No.

—¿No le ha subido la leche? —indagó intrigada al ver la cara asombrada de él.

—No creo que Madre tenga de eso...

Antares observaba hechizado como su hermana comía de las ubres de la humana. Había pensado que tenía frío y le había ordenado al cálido viento del sur que rodeara su cuerpecillo, pero ella había seguido llorando. Luego había intentado distraerla haciendo bailar las hojas de los árboles con un ligero remolino, pero la pequeña le había ignorado para berrear con más fuerza... Incluso la había hecho volar en el centro de un tornado para ver si así se asustaba y se callaba, pero tampoco había dado resultado. Jamás hubiera podido imaginar que lo que su hermana necesitaba era comer. ¡Comer de ubres humanas! ¿En qué clase de lío les había metido Madre? ¿De dónde iba a sacar unas ubres para alimentarla? Él no podía crear eso a partir del aire, elemento que dominaba.

—No te preocupes —le dijo Teresa a modo de consuelo al ver la desesperación pintada en el rostro del hombre—. En pocas horas le subirá la leche a tu madre y podrá alimentar a tu hermana. Es una niña muy hermosa y se criará bien. Te lo aseguro —afirmó besando la frente de su propia hija, de apenas tres meses, que miraba curiosa al bebé.

Antares parpadeó asombrado al escuchar la compasión afable de la aldeana. Comenzaba a entender por qué su madre sentía tal fascinación por los humanos.

—No creo que Madre tenga intención de alimentar así a Laia —replicó con sinceridad el pálido joven.

—No. No lo haré, lo hará ella —sentenció de repente una voz femenina.

Teresa se giró sobresaltada, observó a la mujer que había hablado y dio un par de pasos hacia atrás, asustada, hasta toparse con el cuerpo poderoso del hermano de la pequeña. Frente a ella, flotando a varios centímetros sobre el suelo, se hallaba una mujer de silueta etérea y rasgos difusos. Podía ver a través de ella el bosque que rodeaba sus campos.

—¡Es un fantasma! —jadeó sobrecogida a la vez que se santiguaba con la mano libre—. El fantasma de tu madre. ¡Dijiste que no había muerto! —increpó aterrorizada a Antares.

—Por supuesto que no he muerto. ¿Antares, por qué esta mujer asegura eso?

—Imagino que la has asustado, Madre.

—No debes temerme, humana. No soy malvada —afirmó Madre.

Antares bufó al escucharla. ¡Como si ellos fueran capaces de entender la diferencia entre los malvados y los... mmm... los que no eran malvados!

—Eres un fantasma —repitió Teresa abrazando protectora a los bebés contra su pecho.

—No. No lo soy —aseveró la etérea mujer.

—¿Qué eres entonces?

—¿Una diosa? —preguntó más que afirmó un joven que apareció por ensalmo ante ellos.

Teresa abrió mucho los ojos y a punto estuvo de desmayarse.

—¿Una diosa, Simba? —Madre miró a su hijo menor arqueando una ceja. Este se apresuró a explicarse.

—Yo también he observado a los humanos, Madre, y creo que antes de aterrorizar a esta buena mujer, bien podríamos intentar conseguir que ella accediera a tu requerimiento voluntariamente —susurró Simba. Madre asintió. Luego el joven miró a la aldeana y dejó que los rayos del sol se reflejaran sobre su cuerpo dorado, dotándole de un brillo mágico—. Somos los dioses de los antiguos habitantes de estas montañas —afirmó sonriendo.

—¿Los dioses de los antiguos... qué? —siseó Antares pasmado.

—Todas las culturas humanas han tenido miles de dioses a lo largo de su historia —susurró Simba a su hermano mayor—. Seguro que en estas montañas hubo antaño un poblado de gente vestida con pieles que gritaban loas a algún dios mientras bailaban alrededor de una hoguera... Y nosotros somos los descendientes de ese dios —dijo arqueando mucho las cejas, pidiendo en silencio a su hermano que dejara de ser tan obtuso y le siguiera el juego.

—Solo hay un dios: Dios, nuestro señor —gimió Teresa, santiguándose de nuevo sin dejar de mirar a las extrañas personas que la rodeaban.

—¿Estás segura de eso, humana? —Teresa asintió dudosa ante la pregunta de Simba—. Hace mucho, mucho tiempo, antes de que el mundo tal y como lo conoces fuera creado, existía un ente eterno que recorría solitario los cielos. Un ser que observaba la vida que surgía exultante en este pequeño planeta. Esta entidad, Madre —Simba inclinó reverente la cabeza señalando a la mujer incorpórea—, se sintió tan fascinada por vosotros que decidió que no podía soportar más la soledad del universo —relató contando una verdad adornada—. Buscó en su interior una solución a su dilema, y vio que su cuerpo intangible estaba formado por energía, la energía primigenia del viento, del agua, de las entrañas de la tierra y del sol, y decidió emplear parte de esta energía en crear un hijo que le hiciera compañía. Así nació mi hermano, Antares.

Antares miró a Simba a la vez que bufaba irritado porque estaba desvelando demasiadas verdades, no obstante decidió seguirle el juego, y exasperado por la pérdida de tiempo, puso los ojos en blanco mientras dejaba que su cuerpo, hasta entonces sólido, se volviera transparente durante un instante.

Teresa gritó asustada.

—Pero resultó que Antares era demasiado gruñón, y Madre decidió crear otro ser, con la esperanza de que fuera afín a ella —continuó Simba su historia, acercándose a Teresa, hipnotizándola con su resplandor—. Y así nació Merak. Surgió de la energía que mueve las entrañas de la tierra, la que se derrama a través de los volcanes —explicó señalando a un hombre de piel morena, brillante pelo caoba y ojos rojos como la sangre que pareció emanar del mismo suelo—. Pero, Merak resultó estar más interesado en nadar entre las corrientes de magma del centro de la tierra que en hacer compañía a Madre, por tanto, varios siglos después, aburrida de nuevo, decidió intentarlo una vez más. Moldeó las nubes del cielo hasta dar forma a un cuerpo y luego lo roció con el agua de los océanos, y así fue como mi hermano tomó vida. Ailean —susurró invocándolo.

Nubes tormentosas llenaron el cielo antes despejado y de ellas cayó una fina lluvia que al tocar el suelo se convirtió en un hombre de pelo castaño y ojos tan verdes como el mar en calma.

—¿Qué estás tramando, Simba? —preguntó Ailean, molesto por haber sido interrumpido.

—Pero, Ailean resultó ser tan voluble como la lluvia de otoño. Así que Madre buscó en su interior de nuevo y encontró la energía del sol. Y me creó a mí. El mejor de los cuatro. El más guapo, cariñoso y divertido —afirmó Simba sonriendo.

Teresa no pudo evitar reírse ante las miradas indignadas que el resto de los hombres dirigieron al joven de piel y cabellos dorados mientras Madre asentía, totalmente de acuerdo con sus palabras.

—Pero esta niña... ella no es como vosotros —afirmó mirando al bebé que sostenía entre sus brazos.

—No. Mis hijos carecen de emociones, de sentimientos. Por eso tomé la simiente de un hombre en mi interior y engendré vida casi humana —declaró Madre con firmeza—. Tú la alimentarás mientras siga siendo un bebé indefenso —ordenó.

—Nosotros no sabemos cómo hacerlo —se apresuró a explicar Simba ante la rudas palabras de su madre—. ¿No harías esto por nosotros? —miró a su alrededor y sonrió—. A cambio recogeremos los frutos de tus campos y cuidaremos de que jamás te falte el calor de la tierra, la lluvia de las nubes, la brisa fresca en verano y la luz del sol.

*Verano, 1912.*

—¡Laia! —tronó el viento alrededor de las dos crías que jugaban en un prado perdido entre montañas.

—Antares nos ha encontrado —susurró una niña de larga y ondulada melena negra—. Corramos a escondernos.

Y sin decir una sola palabra más, las chiquillas abandonaron corriendo la pradera con la clara intención de esconderse en el frondoso bosque. No lo consiguieron. Una fuerte corriente de aire las envolvió, elevándolas por encima de las copas de los árboles hasta el hombre que las esperaba allí, con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Tenéis idea del tiempo que llevo buscándoos? —gruñó enfadado—. Teresa está preocupada por si te ha pasado algo, Marta —regañó a la morena—. Y Madre me está volviendo loco con sus exigencias, Laia. Debes regresar y hacer algo para que se divierta y nos deje respirar tranquilos —exigió a la niña de cabellos rubios y brillantes como rayos de sol, límpidos ojos del color del océano, piel dorada como la arena del desierto y cuerpo tan grácil como las tenues brisas del verano.

—Por favor, Antares, quiero jugar un poco más con Marta. Es mi mejor amiga, y cuando seamos mayores, se convertirá en mi hermana —afirmó la pequeña girando traviesa en el volátil torbellino.

—¿Tu hermana? —Antares enarcó una ceja y observó divertido a las dos pequeñas. Por una vez el extraño capricho de su madre había resultado acertado. Su hermana les había enseñado lo que era la alegría, el cariño y... la preocupación, gruñó recordando las horas que había estado buscándola, asustado por si le había ocurrido algo.

—Sí. Esta tarde hemos hecho un pacto sagrado —susurró solemne Laia—. Cuando el primer hijo varón de Marta tenga edad de casarse, lo hará conmigo, así Marta será mi hermana y formará parte de nuestra familia. —Ambas niñas asintieron con la cabeza, muy serias—. Marta será inmortal, igual que yo y estará siempre a mi lado —aseveró abrazando a su mejor amiga, a su hermana humana.

## Acto 2.

*Soy la voz del pasado que siempre será.*

*Tráeme tu paz mis heridas se cerraran.*

*Verano, 1933.*

—Mi próximo bebé será varón —afirmó Marta observando a su mejor amiga.

Hacía apenas un mes que había dado a luz a su primer hijo, que resultó ser una hermosa niña de ojos castaños. Laia estaba sentada junto a la cuna de la pequeña, contemplando embelesada sus dulces rasgos a la vez que asentía con la cabeza.

—Marta, tu hija es preciosa, seguro que cuando tengas al niño, será tan hermoso que todas las chicas del pueblo me lo querrán quitar —bromeó Laia.

Marta sonrió entristecida, su amiga se había convertido en una hermosa joven que vivía en un mundo aparte. Un mundo en el que la realidad no tenía cabida. Un mundo de dioses, dueños del poder de los elementos que aterrorizaba a los hombres y mujeres de la aldea. Y Marta deseaba con todo su ser tener un hijo al que poder contar los misterios que rodeaban a su amiga, un hijo que supiera ver lo maravillosa que era Laia, que no huyera espantado a la vez que gritaba que la joven rubia estaba poseída por el demonio.

Con el transcurso de los años, Laia se había dado cuenta de que era distinta al resto de los humanos, que el miedo brillaba en sus miradas cuando ella se olvidaba de fingir que era como ellos. Quizá por eso pasaba la mayor parte del tiempo alejada del mundo de los hombres, jugando con los vendavales que Antares provocaba, buceando junto a Merak en sus océanos de magma, nadando rodeada de extraños animales que solo vivían en lo más profundo de los mares junto a Ailean o bailando al son de los reflejos hipnóticos que Simba creaba con sus rayos de sol, siempre bajo la atenta mirada de Madre.

Pero Laia jamás se olvidó de Marta.

Cuando la noche se cernía sobre la aldea, ella aparecía montada sobre un rayo de luz de luna y se colaba por la ventana de la casa de Teresa. Y



hablaban. Laia relataba todas aquellas cosas extraordinarias que Marta solo podía imaginar, y Marta le contaba a Laia todas aquellas cosas asombrosas que sucedían en el mundo real, esas con las que Laia solo podía soñar.

Porque sus mundos eran demasiado diferentes. Realidad y fantasía. Magia y certeza.

Marta no podía volar sobre corrientes de aire, de la misma manera que Laia no podía vivir en la aldea sin llamar la atención y ser tachada de bruja por las cosas extrañas que sucedían a su alrededor, sobre todo cuando se abstraía tanto que se olvidaba de ocultar el resplandor luminoso que emanaba de su cabello, o peor todavía, cuando sin darse cuenta comenzaba a flotar en el aire.

Por eso Laia escuchaba embelesada a su amiga cuando esta le contaba su vida de recién casada, como había sido su parto o lo que pensaba hacer con lo que sacaran por la última cosecha. ¡Era tan apasionante! Cuando se casara con el hijo de Marta, ella también tendría una vida real de la que disfrutar.

*Invierno, 1958.*

Marta estaba asomada a la ventana esperando, como cada noche de luna nueva, el resplandor en el horizonte que le indicara que Laia pronto llegaría a casa. Se miró sus manos, manchadas por la edad y acarició con dedos temblorosos las arrugas que marcaban sendas imborrables en las comisuras de sus labios. Sonrió. El tiempo pasaba rápido en el pueblo.

—Marta —susurró Laia tras la ventana abierta y a continuación se abalanzó sobre su mejor amiga.

Marta abrió los brazos y acogió en ellos a la hermosa joven montada en un soplo de viento que poco después tomó la forma de un hombre.

Antares esperó a que su hermana entrara en la casa de su amiga, luego guiñó un ojo a ambas y se evaporó, dejándolas solas. Volvería al amanecer.

Laia ya no visitaba a Marta tan a menudo como antes. La mujer había formado una familia, una familia humana que no entendería las cosas extrañas que sucedían alrededor de Laia. Pero ambas habían ideado hacía años la manera de seguir viéndose sin despertar sospechas.

—Tengo una nieta —anunció Marta, apenada y orgullosa a la vez—. Nació hace dos días.

—¡Qué maravilla! —exclamó Laia entusiasmada—. Mañana, en cuanto se haga de noche me asomaré por su ventana y disfrutaré de sus risas... pero

ahora, cuéntame todo lo que ha pasado durante este mes —animó a su amiga tomándola de las manos con verdadero cariño.

Marta suspiró y la miró afable. Sabía que Laia no estaba decepcionada porque aún no hubiera nacido un varón en su familia, un hombre con el que pudiera casarse. Laia tenía todo el tiempo del mundo, tiempo que ella veía agotarse ante sus ojos. Y deseaba más que nada ver a su amiga unida a uno de sus descendientes.

*Verano, 1986.*

Los párpados cansados de Marta temblaron, resistiendo a duras penas el impulso de caer y cerrarse para gozar de un sueño reparador. Irguió la espalda y miró por la ventana del apartamento de su nieta en Madrid.

El paso del tiempo había cambiado a las personas y su manera de vivir la vida. Ya no se trabajaba al ritmo de las estaciones, ni se disfrutaba de las tardes alrededor de una chimenea. Ahora la vida era un cúmulo de carreras apresuradas por llegar antes a ningún lugar.

Su única hija había muerto hacía unos años y de la familia que había formado con tanta ilusión solo quedaba su querida nieta, que era quien la cuidaba ahora que la vida en la aldea casi se había extinguido. Los jóvenes se habían marchado, abandonando la paz del campo, y ella había hecho lo mismo. Se había mudado con su nieta a la ciudad, dejando atrás las verdes praderas en las que jugaba de niña con su mejor amiga y las oscuras noches de luna nueva en las que ya de adultas se murmuraban sus secretos. Pero Laia regresaba una y otra vez a su lado. No le importaba la claridad luminosa de las noches madrileñas ni el alboroto ajetreado del tráfico. Podía aparecer en cualquier momento inesperado; caminando por las entrañas del metro junto a Merak o emergiendo del río Manzanares junto a Ailean, y desaparecía de la misma manera, montada sobre un soplo de viento con Antares o desvaneciéndose con los últimos rayos del sol de la tarde junto a Simba.

Sonrió divertida, cada vez que se encontraba sola en Madrid su amiga aparecía como por ensalmo. La única explicación que la joven semidiosa le había dado era que siempre la estaba observando y así podía saber en qué momento del día estaba sola. Marta intuía que Laia se preocupaba por ella, la edad no perdona a los mortales. Pero no debía temer nada, aún le quedaban muchos años por vivir. Los necesarios para ver realizado su sueño.

—¿Cómo se encuentra hoy la mejor amiga que nadie pueda tener? —preguntó de repente Laia deslizándose sobre un rayo de luna que se deslizaba

por el cielo cuajado de luces de la ciudad.

Marta sonrió al escuchar la voz de su amiga, por fin había llegado.

—Mi nieta ha dado a luz un niño esta mañana. Se llama Efrén y es el niño más hermoso del mundo.

—¿Sabes que eres una monada? Tan adorable que ahora mismo me comería enteritos estos piecitos tan bonitos y estas manitas tan perfectas y esta naricita tan pequeñita...

Laia miraba arrobada al recién nacido a la vez que acariciaba cada parte del cuerpo que nombraba. De repente el bebé abrió los ojitos, frunció su preciosa boquita y sonrió. Y en ese preciso instante, Laia supo que dedicaría toda la eternidad a amarle.

*Invierno, 1992.*

—No te muevas, Efrén, casi he terminado de peinarte.

—No quiero peinarme.

—¿En serio? Qué crees va a pensar tu novia de ti si vas a conocerla con enredines en el pelo...

—Pues péiname con el peine al revés para no tirarme —murmuró malhumorado el pequeño—. Además, yo no quiero tener novia. No me gustan las chicas. Son tontas, dicen cosas tontas y siempre están contándose secretitos. Son muy aburridas.

—Bueno... eso son las chicas de tu clase. Pero Laia es especial. Es muy guapa.

—¿Cómo de guapa? —la interrumpió Efrén con curiosidad.

—Muy, pero que muy guapa.

—¿Sabe bailar?

—Claro que sí. Baila de puntillas sobre el agua de los ríos mientras los rayos de sol la iluminan y el viento la rodea.

—Nadie puede bailar sobre el agua, bisa —replicó Efrén mirándola como si la hubiera pillado en la mentira más grande del mundo mundial.

Marta se rio al ver la seriedad con que su bisnieto de seis años se tomaba todo lo concerniente al baile. No cabía duda de que sabía lo que quería... de la misma manera que no cabía duda de que Laia podía bailar incluso sobre los rayos de luna.

—Pues tu novia sí puede, ya sabes que es mágica...

—Sí, es verdad —sonrió encantado—, pues si baila bien, entonces la dejaré que sea mi novia —afirmó tirando del diminuto cuello de la camisa que

le molestaba horrores. ¡Odiaba tener que ponerse elegante!

—Ya estás listo; el niño más guapo del mundo —aseveró Marta observando la apostura del pequeño—. Ve a despedirte de tu madre, y recuerda... es nuestro secreto —apuntó en tono confidente.

El niño sonrió con picardía a la vez que asentía con rapidez, luego giró sobre sus talones y salió despedido como alma que lleva el diablo al comedor. Se despidió de sus padres contando una verdad a medias: iba al parque con la Bisa Marta. Pero lo que en realidad iban a hacer, era ir al Retiro para conocer a su novia por fin... Y ese era el gran secreto. Un gran secreto que nadie debía saber, y menos que nadie sus padres. Se enfadaban mucho cuando Marta hablaba de Laia, decían que era una locura de su bisabuela... ¡más se enfadarían si se enteraban que era su novia!

De la mano de Marta recorrió las calles de Madrid hasta llegar al parque, atento en todo momento a la presencia de una niña de ojos verdes y pelo rubio. Así era como la había descrito Bisa y, aunque fingiera mostrarse enfurruñado por eso de tener novia, en realidad estaba encantado. ¡Era el único chico del colegio que la tenía! Y además, Laia era muy especial. Le visitaba en sueños por las noches. Cuando cerraba los ojos y estaba a punto de dormirse escuchaba su voz contándole cuentos sobre cuatro hermanos refunfuñones que vigilaban a una niña desde el aire, el agua, el sol y la tierra... y eran muy divertidos, porque la niña se lo hacía pasar muy mal con sus travesuras. También escuchaba su voz entre sueños cuando tenía pesadillas, y cuando las brujas o el hombre del saco se escondían bajo su cama, ella le susurraba que no se preocupara y hacía que las sábanas se levantaran y pequeños remolinos salían de debajo de su cama llevándose a los malos para siempre. Tenía una voz muy bonita, era... suave. Cariñosa. Agradable. Cantarina.

Y estaba deseando conocerla. Si tenía una voz tan bonita, seguro que la niña era igual de preciosa.

Llegaron por fin al estanque del Retiro, pero por mucho que Efrén miraba por todos los lados, no veía a ninguna niña rubia con ojos verdes. Miró a Marta un poco asustado, se había vestido con el pantalón negro de tela en vez de con los vaqueros, se había puesto la camisa blanca que debía tener cuidado de no manchar y que le apretaba el cuello, y la cazadora de los domingos, con la que estaba prohibido jugar al fútbol, al rescate, a churro y a cualquier otra cosa divertida... En definitiva se había puesto guapo e incómodo para conocer a su novia y ahora ella no aparecía. Un puchero comenzó a formarse en sus labios.

—No te preocupes, cariño. Laia vendrá... lo que pasa es que hay mucha gente y estará pensando en cómo hacer para pasar desapercibida —murmuró Marta apretándole de la mano. No se le había ocurrido pensar que El Retiro estaría tan lleno de personas a esas horas. Y eso era un gran problema.

Efrén inspiró hondo, decidido a ser fuerte y aguantar la humillación sin derramar una sola lágrima, al menos hasta que llegara al refugio de su habitación. Y en ese mismo momento, una tímida gota de agua cayó sobre su nariz.

—Bisa... ¿Está lloviendo?

—No mi cielo —objetó Marta mirando el cielo azul sin nubes.

—Pues me ha caído una gota en la nariz...

Marta observó intrigada a su nieto y, un instante después, un aguacero de proporciones descomunales descargó sobre el Retiro, empapando a todos los presentes... A todos, menos a ella y a su bisnieto. Las gotas parecían esquivarles mientras que caían con fuerza sobre aquellos valientes que intentaban protegerse bajo los árboles. Al cabo de unos minutos no quedaba nadie en el parque. Nadie excepto ellos dos... y una joven rubia de ojos verdes.

—Uf, no imaginaba que hubiera tanta gente aquí, menos mal que Ailean nos ha ayudado —comentó avanzando hacia ellos mientras saludaba con la mano a... ¡las nubes!—. Hola Efrén, estás guapísimo —le saludó agachándose para que su rostro quedara a la altura del de el niño.

—¿Tú quién eres? —preguntó este retrocediendo hasta quedar escondido tras las faldas de Marta.

—¿No reconoces mi voz? —preguntó la mujer con suavidad.

Efrén negó con la cabeza repetidamente. Sí que conocía la voz... pero no quería conocerla.

—Cariño, es Laia —le indicó Marta tirando de él para que se colocara frente a ella—. No seas tímido.

—Ella no puede ser mi novia —murmuró el pequeño en voz baja.

—Claro que sí, has visto que guapa es... —replicó Marta a la vez que miraba a Laia con un gesto de sorpresa. No había esperado esa reacción de su nieto, no era un niño retraído, sino todo lo contrario.

—No es guapa. ¡Es una vieja! —chilló Efrén empezando a llorar—. ¡No quiero tener una novia vieja!

—Pero cariño... Laia no es vieja, es muy joven —musitó Marta totalmente sorprendida. En realidad, Laia tenía su misma edad, ochenta y cuatro años, pero su apariencia era la de una mujer de apenas veinte.

—¡Sí lo es, es muy vieja! —gritó el pequeño llorando inconsolable y abrazándose a su bisabuela.

Marta miró a Laia compungida, sin saber qué hacer. Laia observó a su amiga, sonrió con una sonrisa que no llegó a sus ojos y encogiéndose de hombros se arrodilló ante el niño.

—No te preocupes, Efrén, no tenemos porqué ser novios... podemos ser solo amigos.

—¡No! No quiero una amiga tan vieja, todos en clase se reirán de mí. No quiero volver a verte. ¡Vete!

Y eso hizo Laia. Desapareció en medio de un resplandor dorado.

Marta abrazó con fuerza a su sollozante e histérico bisnieto y cuando consiguió tranquilizarle regresaron a casa.

—Laia, no puedes hacer caso de las lágrimas de un niño de seis años... Míralo, ya se le ha olvidado —dijo señalando al pequeño que dormía plácidamente.

—No, Marta. La promesa que hicimos fue una tontería de crías... no puedes decidir el futuro de Efrén en base a ella.

—Tú eres el futuro de Efrén.

—No. Está decidido.

—Pero...

—¿Sabes lo que hace tan especiales a los humanos, Marta? Vuestra capacidad para tomar decisiones, ya sean acertadas o equivocadas... no le privas a Efrén de ese derecho. Además, pienso seguir cuidándole sin que él lo sepa —afirmó con una sonrisa pícaro abandonando el cuarto del pequeño para dirigirse junto a Marta a la habitación de esta. Era de noche y todos estaban dormidos, nadie descubriría su presencia.

Horas después Laia observó a su amiga meterse en la cama y taparse con las mantas, esperó hasta que escuchó su respiración pausada, y cerrando la ventana, se marchó. Se deslizó entre corrientes de aire por la fachada del edificio hasta llegar a la ventana del cuarto infantil, y a través del cristal observó al niño que dormía plácidamente. Siempre estaría con él, pero no se inmiscuiría en su vida. Le cuidaría entre las sombras, sin mostrarse jamás, sin exigir el cumplimiento de una promesa infantil hecha por dos niñas ingenuas.

## Acto 3.

*Oigo tu voz en el viento.  
Te escucho gritar mi nombre.  
Invierno, 1999.*

«Ten cuidado» susurró el viento en su oído.

Efrén dio un respingo y apartó la vista del cartel publicitario que anunciaba un nuevo espectáculo de ballet clásico, parpadeó para salir del aturdimiento en que se había visto inmerso, y miró lo que había frente a él: una carretera llena de coches.

Y él había estado a punto de sumergirse en esa vía rugiente y peligrosa sin percatarse.

Menos mal que su Ángel de la Guarda le había advertido del peligro.

Porque él tenía un Ángel de la Guarda, aunque jamás se atreviera a decírselo a sus amigos.

Su bisabuela se lo repetía a diario ante la mirada escéptica y divertida de su madre. Aunque Bisa Marta no decía que fuera un Ángel de la Guarda, eso era cosa de su padre. Bisa Marta le aseguraba, cuando estaban solos y nadie más podía oírla, que quien le cuidaba era su futura novia, una novia mágica con la que un día se casaría.

Su bisabuela era una bromista consumada. O eso, o estaba loca. Prefería la primera opción.

Porque si algo tenía claro era que no tenía ni por asomo una novia, y mucho menos, una mágica.

Se ajustó la mochila a la espalda y esperó a que el semáforo hiciera detenerse a los coches. Llegaba tarde a la escuela. Y con lo que le había costado convencer a su padre de que el ballet no era solo para chicas, no pensaba desaprovechar ni un minuto de las clases. Algún día sería el primer bailarín de la Escuela de Danza Diolch. Frunció el ceño, pensativo. No.

—¡Seré el mejor bailarín del mundo! —exclamó saltando sobre las puntas de sus pies.

«Lo serás» susurró la voz de ella en el viento.

*Primavera, 2009.*

Laia observó embriagada los movimientos de Efrén sobre el escenario. Parecía volar sobre las alas invisibles de la música. Su cuerpo esbelto y poderoso se elevaba para caer con tal elegancia que parecía caminar sobre una nube... solo que él era humano. No podía hacer eso, pero lo parecía.

Se mordió los labios sin dejar de contemplar al primer bailarín de la Compañía de Danza Diolch. Era tan hermoso que casi dolía mirarle. Se parecía a Marta en su porte elegante y orgulloso, en su cabello negro, su piel morena y sus ojos castaños. Era alto y delgado, fibroso. Y siempre sonreía.

Y su sonrisa casi siempre hacía que Laia tuviera ganas de llorar.

Porque nunca se la dedicaba a ella.

Le vio sonreír a la primera bailarina, mirarla arrobado antes de sostenerla por la cintura e impulsarla en una elevación exquisita. Ah, el amor era hermoso. Y no cabía duda de que Efrén estaba enamorado. Hacían una pareja perfecta, dos bailarines gráciles y delicados que creaban magia sobre el escenario. Pero la mirada que ella le dedicaba a él no estaba imbuida de la misma pasión que la de Efrén, al contrario. Era una mirada calculadora, soberbia, engreída. Era la mirada de quien sabe que ha pescado al mejor y se jacta de ello ante las demás bailarinas. Laia se encogió de hombros, no pensaba avisarle de eso, él tendría que averiguarlo por sí mismo. Se había jurado a sí misma que jamás se inmiscuiría en la vida del joven. Y pensaba cumplir su promesa.

Desvió la atención del escenario a la vez que fruncía el ceño al escuchar el sonoro gruñido de su hermano mayor. Antares se había empeñado en acompañarla al teatro y ahora estaba con ella en el peine de la caja escénica, convertido en remolino mientras giraba a pocos centímetros del altísimo techo.

—¿Falta mucho para que acabe este tostón?

—Vete si quieres, no hace falta que cuides de mí como si fuera un cachorrito —le susurró enfadada.

—Si te pierdo de vista Madre me matará. Además, no me fio de ti, en cuanto puedes desapareces...

Laia le guiñó un ojo con sonrisa pícaro. Antares tenía razón, en cuanto alguno de sus hermanos se despistaba siquiera un instante, ella se escapaba. Pero la culpa no era suya, sino de ellos, no deberían estar siempre pegados a



su espalda como si fueran sus sombras, ni tampoco debieran comportarse como matones cuando algún humano se acercaba a ella. ¡Así jamás podría pasar desapercibida! Y eso, era lo que más deseaba en el mundo.

Desvió la mirada de nuevo a la escena que se representaba en el teatro. La música había acelerado el tempo y sobre el escenario las bailarinas vestidas de blanco resplandeciente, imitando el plumaje de los cisnes, rodeaban a Efrén y a su novia quienes ejecutaban su danza como si estuvieran solos en el mundo. De repente, el segundo bailarín apareció en escena vestido de negro y con unas enormes alas de seda del mismo color, interpretando el papel de Rothbart, el villano del lago de los cisnes. Ambos bailarines comenzaron a moverse como si se batieran en duelo por Odette, la reina de los cisnes. El malvado intentaba atraparla y llevársela con él, mientras Efrén, que interpretaba al príncipe Sigfrido, defendía a su amada en una danza, tan etérea y a la vez enérgica, que consiguió que todo el teatro contuviera la respiración.

Laia observó emocionada cada uno de los vuelos que Efrén ejecutaba sobre el escenario y jadeó asustada al ver como una de las bailarinas resbalaba y caía justo en el lugar en que él iba a posarse. No se lo pensó dos veces, ordenó a la energía eólica que habitaba en su interior que elevará a Efrén haciéndole volar sobre la bailarina.

—¡Laia! —siseó Antares enfadado al ver que el vuelo del bailarín duraba más de lo humanamente posible—. ¡Qué estás haciendo! ¡Siempre nos exiges discreción y ahora has hecho volar a ese hombre!

—Estaba a punto de caerse —respondió la joven como única explicación.

En el escenario, Efrén recuperó el paso con el corazón acelerado y miró a su alrededor mientras continuaba danzando. La bailarina que había caído ya estaba en pie de nuevo y nadie parecía haberse dado cuenta de su extraño *grand jeté*. Respiró profundamente y se enfrentó al segundo bailarín en una serie de complicados *brissé* que ejecutó a la perfección para luego alejarse con la primera bailarina hacia un extremo del escenario y caer al suelo junto a ella, interpretando la muerte en el lago del príncipe y su amada. Un segundo después, el villano cayó muerto también al romperse el maleficio que había lanzado a la pareja, y el resto de los cisnes comenzaron a bailar alrededor de los bailarines principales, hasta que estos volvieron a levantarse y ejecutaron con precisión la danza final.

Las cortinas se cerraron frente a ellos con un ruido sordo. Efrén relajó los hombros y respiró aliviado al escuchar el clamoroso aplauso del público. Sonrió orgulloso y salió al escenario junto a sus compañeros para saludar. Y durante los largos minutos que estuvo bañándose en el fragor del teatro, no

dejó de pensar en qué podía haber pasado durante el instante en que estuvo a punto de caer. Una fuerte corriente de aire lo había elevado sutilmente para luego posarle en el suelo con elegancia.

Cerró los ojos y vio dibujada en sus párpados la cara de bisa Marta. Su bisabuela no había podido acudir al teatro, era mayor y su salud estaba demasiado deteriorada como para viajar de una ciudad a otra para verle a él actuar, pero ella le había asegurado que su “novia”, su Ángel de la Guarda, estaría observándole y cuidándole.

«Quizá bisa Marta tiene razón» pensó dándole las gracias en silencio. La acariciante brisa que le había salvado había sido tan real...

—Has metido la pata hasta el fondo, estúpida —escuchó sisear a su novia, reprochándole la caída a la inexperta bailarina—. Podías haber hecho tropezar a Efrén y entonces... ¿Quién hubiera bailado conmigo la escena final?! ¡Nadie más está a mi altura!

—Tranquilízate Isabel, todos cometemos errores —le susurró él cogiéndole la mano. Su novia tendía a mostrarse irascible ante cualquier fallo de los demás.

—No digas nada, Efrén, tu vuelo tras su caída ha sido desacompasado, menos mal que el público no se ha dado cuenta, pero ten por seguro que a mí no me ha pasado desapercibida tu torpeza —le increpó—, y en cuanto a ti —se dirigió a la asustada joven—. Jamás volverás a bailar en mi escenario... ni en ningún otro si tengo algo que decir al respecto.

*Verano, 2010.*

Laia sonrió divertida cuando el joven tomó su mano haciendo una pomposa reverencia y la besó los nudillos. Era un muchacho agradable, y también muy divertido. Le gustaba mucho bromear y siempre se estaba riendo, y solo por eso, ella le había elegido. Casi un siglo de vida sin haber sido nunca besada era una verdadera eternidad, aunque tuviera la apariencia de una joven de apenas veinte años. Había llegado la hora de solucionarlo... solo esperaba que sus comprensivos y observadores hermanos la dejaran tranquila. Aunque lo dudaba.

Dio un trago a su San Francisco y entornó los ojos con sensualidad, o al menos eso esperaba ella. Tras pasar tantos años observando a los humanos creía conocer e imitar a la perfección todos sus gestos.

El muchacho esbozó una cautivadora sonrisa y se acercó un poco más ella, abrazándola.

«¡Ha funcionado!» se congratuló en silencio antes de recostar la cabeza en el hombro del chico. Cerró los ojos y respiró profundamente, no se estaba mal en esa postura... lástima que el joven no oliera igual de bien que Efrén, ni tuviera el timbre seductor de su voz ni sus preciosos ojos castaños ni su largo y acariciante cabello negro... En definitiva, era una verdadera pena que no fuera Efrén. Pero ella había hecho una promesa y pensaba cumplirla, y aunque no fuera así, Efrén tenía una novia estúpida, insolente, vanidosa y repugnante a la que adoraba. Por tanto, tendría que conformarse con el joven que la acompañaba. Al fin y al cabo para probar lo que era un beso solo era necesario que él fuera agradable, y lo era. Mucho.

El joven la envolvió la cintura con las manos y se inclinó ligeramente sobre ella.

Laia posó sus finos y largos dedos sobre los hombros masculinos, enredándolos en su cabello rubio y elevó la cabeza.

Él se aproximó lentamente a sus labios.

Ella los separó nerviosa e impaciente.

Un relámpago abrió en dos el cielo y el diluvio universal cayó sobre ellos a la vez que fuertes ráfagas de viento hacían volar las sombrillas de la terraza en la que estaban sentados.

—¡Vaya! —exclamó el muchacho sorprendido, dos minutos atrás el cielo había estado claro y sin nubes—. Parece una señal divina... deberíamos ir a mi casa a continuar lo que estábamos a punto de empezar —sugirió seductor.

Y en ese preciso instante el fuerte viento se convirtió en un vendaval que le levantó por los aires, silla incluida, lanzándole al otro extremo de la calle. Un segundo después, un rayo cayó a pocos metros de dónde se encontraba.

—¡Antares! ¡Ailean! ¡Basta ya! —gritó Laia enfurecida.

—¿Has visto eso? —preguntó su joven y aturdido acompañante corriendo hacia ella—. ¡Por poco me cae encima un rayo! Vámonos antes de que se ponga todavía más feo. —La tomó del brazo con la intención de llevarla a un lugar seguro. O al menos lo intentó.

Un hombre alto y delgado, con el pelo tan claro que casi parecía blanco y gélidos ojos azules, apareció de la nada y se colocó entre los amantes.

—¡Antares! ¡Ya está bien! —exclamó Laia golpeándole con los puños cerrados. Él se limitó a sujetarla por los codos y mirarla con ferocidad.

—¡Eh, colega! Deja a mi chica en paz —le increpó el muchacho.

—No es tu chica, es mi hermana —siseó Antares enseñando los dientes.

—Ah, vaya... Tranquilo... No estábamos haciendo nada malo, solo pretendía sacarla de la tormenta —musitó el muchacho dando un paso atrás

ante la fiereza del hombre.

—¿Qué tormenta? —Antares alzó una ceja, ignorando el fuerte pisotón que le dio Laia.

—Ha escampado ahora mismo... —murmuró el muchacho confundido—. Hasta hace dos segundos estaban cayendo rayos y truenos, y llovía muchísimo, tienes que haberlo visto. Hay charcos en el suelo —los señaló para dar veracidad a su versión.

—Quizá era una señal divina para que te alejaras de mi hermana —comentó Antares. Laia puso los ojos en blanco al escucharle.

—¿Qué?

—Largo —susurró Antares levantando al muchacho por los aires con un fuerte golpe de aire.

El joven aterrizó al otro lado de la calle, en el lugar exacto que la primera vez. Miró asustado al hombre del pelo blanco y se puso en pie lentamente. Un nuevo rayo volvió a caer a pocos pasos de él.

Antares arqueó una ceja.

El muchacho salió corriendo en dirección contraria a la que se encontraba Laia.

—¿¡Qué has hecho?! ¡Iba a besarme! ¡Por fin! Y tú lo has espantado —clamó enfurecida.

—Es un cobarde. No te merece.

—¿Cómo quieres que sea valiente si le tiras rayos encima y le elevas por los aires?

—Pues siéndolo —replicó Antares encogiéndose de hombros.

—¡Con gusto te mataría! —gritó ella pateando el suelo—. Y tú, Ailean, no te escondas, sé que estás ahí, la lluvia ha sido cosa tuya... ¿Cómo te atreves?

—Él me lo ordenó —dijo Ailean apareciendo ante ellos y señalando a Antares.

—Ah, claro, y como él te lo ordena, tú lo haces. ¿Y si te dice que te tires desde un puente? ¿Lo harías?

—Claro... me gusta llover desde los puentes —asintió confuso. ¿Por qué no iba a tirarse desde un puente convertido en lluvia? Sobre todo si el puente estaba sobre un río... era tan hermoso caer sobre el agua.

—¡No! —profirió exasperada—. Tírate por un puente en tu forma humana, vamos, hazlo.

—Me dolería... ¿para qué iba a hacer eso?

—Porque yo te lo ordeno.

—Es una orden tonta —afirmó Ailean cruzándose de brazos. Antares asintió dándole su aprobación.

—Entonces... ¿Por qué obedeces a Antares cuando te dice que empapes a mis novios?

—Porque no es una orden tonta. Tú no debes tener novio.

—¿Ah, no?

—No. No debes. Y no hay más que hablar —intervino Antares con gran seriedad.

—¿Y por qué no debo?

Los dos hermanos se miraron uno a otro sin saber qué decir. A lo lejos se escucharon las carcajadas de Simba.

—Eso, ¿por qué no debe? Y que conste que me lo paso en grande cuando montáis vuestro numerito de rayos y tormentas. —Metió cizaña Simba apareciendo ante ellos.

Ailean miró a su hermano pequeño, a su hermana y por último centró la mirada en su hermano mayor. Esperaba que tuviera una respuesta a esa pregunta, porque él solo sabía que no le gustaba cuando los hombres tocaban a Laia... pero no tenía ni idea del porqué.

Antares abrió la boca, la cerró, se rascó la frente, frunció el ceño y a la postre, una enorme sonrisa se dibujó en sus labios.

—Porque estás comprometida y no está bien que beses a otro que no sea tu novio —sentenció cruzándose de brazos a la vez que afirmaba con rotundidad con la cabeza. Él también había observado y aprendido algunas de las absurdas reglas de los humanos.

Ailean se colocó junto a su hermano y asintió con firmeza con la cabeza. Había dado con la excusa perfecta.

Simba se limitó a arquear una ceja. Antares tenía razón.

Laia abrió la boca, la cerró, frunció los labios y estalló.

—¡Sois imposibles! ¡Dejadme en paz! —Y dicho esto, se marchó.

## Acto 4.

*Soy la voz tu hambre y dolor.  
Soy la voz que siempre está llamándote.  
Primavera, 2011.*

Laia gritó cuando el Picasso C4 derrapó fuera de control sobre el asfalto de la autopista e impactó contra el vehículo que conducía Efrén. Ambos coches salieron catapultados contra la mediana a la vez que el camión que iba tras ellos maniobraba intentando evitar el choque. Fue imposible. Aplastó con sus enormes ruedas delanteras el capó del automóvil en el que estaba el bisnieto de Marta y justo después comenzó a salir humo del motor.

La etérea joven bajó veloz de la nube desde la que observaba el desastre sin siquiera preocuparse de que alguien pudiera verla. Efrén parecía estar inconsciente. Una sombra a su lado le indicó que no estaba sola, Antares descendía con vertiginosa rapidez a su lado mientras ella susurraba con fuerza el nombre de sus otros hermanos sin dejar de mirar a la carretera. Los coches que la transitaban se habían detenido y sus ocupantes se acercaban corriendo hacia el lugar del accidente. Laia pudo distinguir a su hermano Merak emergiendo de la tierra al otro lado del arcén, menos mal que nadie más se fijó en eso. Ailean, más discreto, cayó en forma de lluvia tras el Picasso C4 y allí oculto tomó forma sólida. Simba apareció tras uno de los raquíticos arbustos que decoraban la mediana.

En el mismo momento en que tocó el suelo sus hermanos la rodearon protectores.

—¡Tenéis que sacar a Efrén del coche! —les exigió.

—No debemos hacernos notar ante los humanos —siseó Merak mirando a su alrededor, había demasiada gente rodeándoles como para hacer trucos de magia. Madre los mataría si les descubrían.

—¡Ya os habéis hecho notar más de una vez ante Marta! —replicó Laia aterrorizada sin dejar de mirar al joven atrapado en el interior del coche.

—¡Marta es nuestra amiga! —rebatía Ailean indignado.

—Y todos los hombres a los que les pasan cosas raras cuando se acercan a mí, ¿también son vuestros amigos?

—No. No lo son. Por eso les pasan cosas raras —apuntó Antares. Luego dirigió la mirada hacia sus hermanos—. Seamos discretos.

Los hermanos asintieron con la cabeza y se encaminaron con rapidez hacia los coches accidentados. En ese momento una llamarada emanó del motor del vehículo de Efrén alejando a quienes intentaban ayudarlo. Ailean posó la mano sobre el capó, una gruesa capa de agua se extendió rápidamente por la carrocería, filtrándose por cada rendija que encontró y apagando el pequeño incendio. Simba, Merak y Antares unieron la fuerza de sus energías para liberar al joven de su cárcel de metal. El calor geotérmico que emanaba de las palmas de Merak tornó maleables los hierros que aprisionaban las piernas del muchacho, mientras, la brisa helada creada por Antares alejaba ese calor mortal de su piel. Simba hizo que el resplandor de los rayos solares se posara sobre la cara de los humanos que habían acudido a ayudar, obligándoles a desviar la mirada y, mientras tanto, Laia fluyó a través de una de las ventanas y se sentó en el asiento del copiloto, susurrando palabras de ánimo al aturdido Efrén sin dejar de acariciar sus manos, el único lugar de su cuerpo que no estaba lastimado.

Cuando los bomberos llegaron al lugar del accidente se sorprendieron al ver el estado en que se encontraba el coche, pero a la vez suspiraron agradecidos, si no fuera por la extraña deformidad del motor, hubiera sido muy difícil sacar al joven. Los testigos del suceso les dieron cuenta de que cuatro hombres de apariencia inusitada y una mujer que parecía un ángel habían estado haciendo algo al automóvil, pero nadie fue capaz de encontrarlos para interrogarlos.

*Otoño, 2011.*

Laia esperó hasta que la familia de Efrén abandonara la habitación del hospital y tras comprobar que no hubiera humanos cerca que pudieran verla, dejó que su cuerpo, convertido en una difusa bruma hasta ese momento, tomara solidez sobre el alféizar de la ventana. Puede que no tuviera la fuerza y poderes de sus hermanos, pero podía hacer ciertos truquitos... Abrió un poco la ventana y se coló en la habitación.

Efrén estaba en la cama, dormido. Su cuerpo oculto por blancas sabanas con el logotipo del hospital. Se acercó a él observándole en silencio. No parecía el mismo de siempre. De hecho, ya no era el joven divertido y

agradable de hacia unos meses. Se había dejado crecer el pelo para ocultar en lo posible las quemaduras del lado izquierdo de su rostro. Sus rasgos dulces y cálidos habían dado paso a facciones afiladas por la delgadez y el dolor. Sus ojos estaban hundidos, enmarcados por profundas ojeras, y sus labios siempre sonrientes ahora se mostraban rígidos y áridos, fruncidos en una mueca de desesperación. Su cuerpo también había cambiado, la fibrosa dureza de sus músculos de bailarín había dado paso a una consumida languidez que se había ido acentuando con el paso del tiempo y las operaciones.

Laia levantó lentamente la sábana que le cubría, el camisón azul del hospital resaltaba su extrema palidez y su rodilla izquierda estaba cubierta por blancos apósitos que poco a poco comenzaban a teñirse de rojo. Era la segunda vez que le operaban y esperaba que fuera la definitiva. El accidente de coche le había provocado el hundimiento de los huesos de la rodilla y la rotura del cartílago y los ligamentos cruzados... Con una exhaustiva rehabilitación podría volver a andar sin problemas, pero no bailarían nunca más. Y eso estaba acabando con él. Ya no era el joven agradable y cariñoso que ambicionaba volar aún más alto sobre el escenario, si no un hombre huraño y malhumorado que más que hablar gruñía. Y eso, cuando tenía un buen día.

Le tapó de nuevo y observó las cicatrices que atravesaban su mejilla derecha, luego su mirada ascendió hasta sus ojos cerrados, solo cuando estaba dormido su rostro volvía a tener la placidez de antaño. Y no siempre. En ese momento sus párpados se apretaban y relajaban a la vez que su frente se fruncía. Le acarició las arrugas que recorrían su faz hasta que estas parecieron aliviarse y luego recorrió con las yemas de los dedos la sien hasta acabar posándolos sobre la mejilla derecha. Efrén, aún dormido, inclinó la cabeza haciéndola reposar sobre su mano, meciéndose lentamente contra ella en una tímida caricia. El pelo, empapado en sudor, cayó sobre la almohada dejando ver con claridad los surcos que recorrían el lado izquierdo de su rostro. Como si se hubiera dado cuenta de ello, Efrén emitió un desesperado gruñido y giró de golpe la cara, ocultando de nuevo las cicatrices que tanto le avergonzaban.

—Tranquilo —susurró Laia en su oído—, para mí siempre serás hermoso.

El joven volvió a fruncir el ceño a la vez que negaba con la cabeza.

—Sí lo eres. Yo no te miro con los ojos de la cara, si no con los del corazón, y estos no se dejan engañar por la belleza exterior —murmuró besándole en la frente. Efrén sonrió en sueños—. Y tú eres muy guapo por dentro, pero si sigues comportándote tan mal como hasta ahora, ignorando a



todo aquel que se atreve a visitarte y gruñendo a tu familia, sobre todo a Marta, dejarás de ser hermoso y te convertirás en un ser horroroso...

—Yo no gruño a bisha Marta —musitó él con los ojos cerrados.

—Si la gruñes. Gruñes a todo el mundo, y eso está muy feo. Se preocupan por ti y tú les tratas mal... No me gusta que seas así.

—Intentaré ser más agradable —murmuró inclinando de nuevo la cabeza para apoyarla en la mano de su novia mágica.

—Eso espero porque si no lo haces, te enfrentarás a mi ira —le amenazó divertida.

—Qué miedo... ¿Harás que me salgan cuernos o algo por el estilo? Quedarían perfectos con mis nuevas cicatrices, así seré un monstruo por completo —musitó entre sueños.

—No eres un monstruo, Efrén, y nunca lo serás —replicó Laia acariciándole la mejilla mutilada.

Efrén no contestó, simplemente giró la cabeza hasta que la parte izquierda de su rostro quedó hundida en la almohada.

Laia negó con la cabeza y tomándole de la mano se sentó en la incómoda butaca que había junto a la cama. Efrén había echado de la habitación a todos sus familiares, negándose a que se quedaran a dormir con él, pero no podía echarla a ella y, en el remoto caso de que lo intentara, ella simplemente no le haría ni caso. La terquedad era una cualidad que ambos compartían.

Solo que ella era una semidiosa, y él no. Por tanto, ella ganaba.

Mantuvo su vigilancia durante toda la noche, atenta a sus gemidos cuando las pesadillas arreciaban. Pesadillas que ella curaba con sus caricias y su voz. Y al llegar la madrugada sus cuatro hermanos los visitaron. Merak y Ailean fueron los primeros en llegar, aparecieron de repente en el baño. Laia sonrió al ver la cara enfadada de Ailean, no le gustaba usar las cañerías del agua para llegar a los sitios, eran lugares demasiado oscuros para él.

Ailean observó al prometido de su hermana, intrigado por los dibujos que trazaban surcos en su rostro. No eran arrugas como las de los humanos que habían vivido muchos años. Las acarició con las yemas de los dedos antes de que el muchacho girara la cabeza con fuerza.

—No hagas eso, no le gusta —le reprendió Laia. Ailean asintió dando un paso atrás.

—¿Le duelen? —preguntó con curiosidad señalando las cicatrices.

—No físicamente...

Ailean frunció el ceño, incapaz de entender lo que su hermana le decía.

—No preguntes, son cosas de humanos. Nunca podrás entenderlos —dijo Merak en el momento en que Ailean abrió la boca para preguntar. Al mediano de los hermanos le fastidiaba mucho la necesidad de su hermano menor de entender a los hombres.

—Quizá si te molestaras en intentar comprenderlos, te gustarían un poco más... —murmuró Laia enfurruñada. Merak era duro e inmovible, como los elementos que dominaba. A veces pensaba que su corazón estaba hecho de las mismas rocas que manejaba a su antojo.

—No necesito que me gusten —rebató apático—. ¿Se recuperará?

—¿Acaso te importa? —inquirió ella molesta.

—No. Pero a ti y a Marta sí, lo que hace que sea importante para mí —replicó Merak observando con fingida indiferencia al humano. No entendía que veían Laia y Ailean en unos seres tan sosos. Solo Marta merecía ser su amiga, el resto eran aburridos hasta cansar.

—Los médicos dicen que podrá volver a andar, pero no bailará nunca más —musitó ella entristecida.

—Enséñale a volar... así podrá bailar —sentenció Merak yendo hacia el baño. Ya resuelto el motivo de su visita, no le apetecía pasar más tiempo alejado del ígneo y maravilloso núcleo de la tierra.

Ailean se encogió de hombros y, tras hacer un gesto de despedida con la cabeza, acompañó a su hermano.

Poco tiempo después Antares se coló en la habitación flotando sobre la brisa nocturna. Observó al humano tendido en la cama y luego escrutó el rostro preocupado de su hermana pequeña. No le gustó ver la preocupación y el cansancio en él.

—Deberías ir a descansar —indicó acariciándola el pelo antes de tomarla por los hombros.

—Ni se te ocurra alejarme de él —le advirtió ella. Su mandón hermano mayor tenía la costumbre de transformarla en viento y sacarla de los sitios sin su consentimiento. Y ella no estaba dispuesta a permitirlo.

Antares asintió con la cabeza y se sentó en el suelo, junto a los pies de la joven. Durante las horas que estuvo acompañándola no dijo una sola palabra más, se limitó a crear pequeñas nubes algodonosas y darlas formas divertidas mientras que, de vez en cuando, una ligera y fresca brisa acariciaba los rostros de Laia y del hombre dormido en la cama. Se marchó poco antes del amanecer. Y apenas unos segundos después Simba irrumpió en la habitación, su sonrisa iluminando cada rincón de la estancia.

Laia sonrió agradecida. Por mucho que sus hermanos se empeñaran en intentar disimularlo, sabía que estaban preocupados por Efrén y por ella. Se aseguraban de que no estuviera sola durante toda la noche y sabía por Marta, que las horas que no estaban con ella en el hospital, estaban en la casa de su amiga, en su habitación, vigilando su sueño las escasas horas en las que la anciana conseguía dormir, y contándole las más extrañas historias cuando estaba despierta. Incluso el huracán Merak se preocupaba por Marta y se esforzaba, con escaso éxito, en ser agradable.

Simba parloteó sin parar sobre lo que había visto en el otro extremo de la tierra, amenizando con sus risas y exageraciones cada instante que estuvo allí, hasta que un gruñido de dolor procedente de la cama le hizo detener su última y exagerada narración.

Laia se levantó presta de la butaca y acarició con ternura la frente de Efrén.

—Parece que le duele... —comentó Simba acercándose a ellos.

—Sí. La enfermera le ha puesto algo a medianoche, ya debe estar pasándose el efecto —explicó Laia observando con atención el gotero que colgaba de una extraña percha junto a la cama.

—Deberíamos irnos —musitó Simba mirando por la ventana—. Antares se enfadará mucho si viene alguien y nos encuentra aquí.

Laia asintió con la cabeza y acto seguido oprimió el botón que había visto pulsar en infinidad de ocasiones a la madre de Efrén cuando este se quejaba. No sabía cómo, pero cuando lo tocaban la enfermera acudía en pocos minutos. Luego se sentó en la cama y acarició lentamente la frente empapada en sudor del joven.

—¡Vámonos! —Simba, al ver que no pensaba hacerle caso, suspiró sonoramente y se dirigió a la puerta de la habitación—. En cuanto vea aparecer a la mujer de blanco por el pasillo te hago desaparecer —la advirtió. Laia sonrió antes de asentir y comenzar a difuminarse.

Efrén gimió con fuerza a la vez negaba con la cabeza, el dolor en la rodilla era cada vez más fuerte, y ni siquiera las mágicas caricias de la mujer de sus sueños parecía calmarlo. Abrió los ojos lentamente y vio su silueta desdibujada frente a él. Parpadeó intentando enfocar la mirada, pero fue inútil, ella aparecía borrosa, como el sueño que era.

—Tranquilo... la enfermera está a punto de llegar, ella te quitará el dolor —escuchó su voz con claridad. La misma voz que lo acompañaba desde que tenía recuerdos. La misma voz que le regañaba cada noche desde el accidente.

La misma voz que le había dado fuerza y consuelo mientras estaba atrapado en el coche.

—No te vayas... —susurró a la vez que intentaba sujetar su nebulosa mano. Pero, como todas las madrugadas, ella parecía convertirse en bruma y fundirse con la brisa que refrescaba la habitación.

—Siempre estaré a tu lado... solo tienes que prestar atención y escucharás mi voz —le contestó un instante antes de que entrara la enfermera.

—¿Has tocado el timbre? —le preguntó esta al ver el gesto aturdido del muchacho.

—No. Pero, me duele... —murmuró Efrén mirando a su alrededor. La silueta difusa de su ángel mágico había desaparecido. Se había marchado sin que él pudiera verla, como siempre.

—No te preocupes, ahora mismo te voy a poner otra dosis de calmante en el gotero —le indicó la enfermera mirándole intrigada.

Recordaba al muchacho de la anterior operación y también del tiempo que estuvo ingresado tras el accidente que le había destrozado la rodilla. De hecho, todas las enfermeras de la planta sabían quién era. No porque fuera especialmente amable, que no lo era, en absoluto. Sino porque ocurrían cosas extrañas en torno a él. La botella de agua de su mesilla siempre estaba fría, daba igual que llevara todo el día allí. Su habitación era la que tenía la temperatura más agradable de toda la planta, a pesar de ser pleno invierno y de que siempre tuviera la ventana abierta. Y daba igual cuantas veces la cerraran a lo largo del día, al instante siguiente volvía a estar abierta. Y, lo más extraño de todo, en las noches más tranquilas, si se acercaban a la puerta cerrada y prestaban atención, podían escuchar voces procedentes del interior. Pero, cuando entraban para investigar quién estaba allí a deshoras, solo se encontraban a Efrén dormido...

*Primavera, 2012.*

Efrén subió por tercera vez en esa mañana los 162 escalones que conformaban las escaleras del edificio en el que vivía, se detuvo unos instantes en el rellano de la novena planta para recuperar el aliento e, ignorando las protestas en forma de chasquidos de su rodilla izquierda, comenzó a bajar las escaleras de nuevo. En esta ocasión no fue capaz de llegar hasta el bajo. Enfadado por la dolorosa torpeza de sus movimientos interrumpió el ejercicio en la quinta planta y entró en casa.

Marta despertó sobresaltada del duermevela en el que estaba sumida al escuchar un fuerte portazo. Se levantó con gran esfuerzo del sillón en el que estaba sentada y apoyándose en el bastón caminó lentamente hasta la habitación de su bisnieto. Lo encontró en el umbral de la puerta, acostado en el suelo. La pierna derecha doblada con la planta del pie firmemente apuntalada en el suelo, el trasero cerca del marco de la puerta y la pierna izquierda elevada y muy estirada, con el talón apoyado en la pared.

—¿Cuántas veces has bajado las escaleras hoy? —le, preguntó observándole con atención. Tenía la frente perlada en sudor, los dientes apretados en una mueca feroz y los brazos extendidos en cruz sobre la mullida alfombra mientras las manos en forma de garras intentaban asirse a esta.

—Pocas. No las suficientes —gruñó Efrén pegando el trasero aún más a la pared para estirar el ligamento de la corva.

—Para ti nunca son suficientes —le regañó Marta—. El doctor dijo que no forzaras demasiado la rodilla y que si te dolía pararas de inmediato...

—Y eso he hecho. Estoy parado, ¿no? —siseó el joven cortante, golpeando el suelo con el puño al moverse un poco más contra la pared.

—Te dijo que tuvieras cuidado al bajar escaleras, que la rodilla se podía resentir... ¿Por qué no te sientas un poco y te pones un poco de hielo? El doctor dijo...

—El doctor dijo esto, el doctor dijo lo otro... —la interrumpió imitando con sorna su voz—. ¡Deja de repetirme lo que dijo o no dijo! ¡El matasanos no sabe una mierda! —Dio una patada a la pared con la pierna sana, alejándose de esta para a continuación ponerse en pie y encararse a la anciana—. Solo yo sé lo que tengo que hacer para que mi puñetera rodilla vuelva a funcionar, así que ¡déjame en paz! —exclamó antes de dirigirse cojeando a la ventana.

—Abuela, deja tranquilo a Efrén... bastante tiene encima como para que le des la lata —les llegó la voz de la madre de este desde la cocina—. Cariño, ¿qué te apetece comer hoy?

—Mierda... me apetece comer mierda —gritó Efrén antes de abrir la ventana y asomarse al exterior como si necesitara respirar aire fresco desesperadamente.

Marta cerró los ojos al escuchar las voces lejanas de su nieta y su marido discutiendo. El pretendía regañar a Efrén por responder así a su madre y a su bisabuela, pero su nieta, como era habitual, le rogó que lo dejara correr pues el muchacho estaba pasando un momento muy difícil y debían ser comprensivos. Y, como siempre sucedía desde el accidente, Efrén se quedó

sin su regañina. Negó con la cabeza. Efrén no necesitaba que le permitieran hacer su santa voluntad, sino todo lo contrario. Necesitaba que le regañaran, que le espolearan a actuar de otra manera, que le retaran, que le llevaran la contraria, pero no que le consintieran todo.

Le observó golpear el alféizar de la ventana varias veces antes de darse la vuelta y encaminarse de nuevo hacia la puerta. La rodilla rígida. Los labios apretados.

—¿Por qué no te duchas y después nos vamos al parque? —le preguntó esbozando una cariñosa sonrisa.

—¿Para qué? —masculló él acostándose de nuevo en el suelo, frente a la puerta.

—Para disfrutar del maravilloso día que hace, para acompañar a tu viejísima bisabuela y cuidar de que no se caiga, para estar al aire libre en vez de pasarte el día encerrado en casa...

—Me gusta estar encerrado en casa —rezongó apoyando la pierna lastimada en la pared para volver a hacer los estiramientos—. Además, no siempre estoy en casa, también subo y bajo escaleras —apuntó burlón— y eso me ha dado la oportunidad de descubrir un nuevo mundo artístico, el de los felpudos. Disfruto muchísimo tropezándome con ellos en los descansillos —gruñó irónico—, es mucho más divertido que ir al Museo del Prado. —Se sentó en el suelo y la observó con los ojos entornados.

Marta suspiró, cada vez que su nieto adoptaba esa mirada desdeñosa las palabras que a continuación abandonaban sus labios solo servían para herirse a su mismo. Y a ella.

—¿Sabes que, bisa? Deberías dejar de insistir en que vaya al parque a aterrorizar a los niños con mi monstruosa cara y acompañarme a subir y bajar escaleras, es muy instructivo escuchar las conversaciones de los vecinos. ¿Sabías que la del tercero se acuesta con alguien cuando su marido no está en casa? Imagino que el pobre cornudo no da la talla y ella se ha buscado un sustituto... Y la verdad, la entiendo. ¿Para qué follarte a un monstruo cuando puedes tener a un semental en la cama? —musitó con los ojos cerrados tendiéndose en el suelo.

—Efrén, no voy a consentir que hables así —le reprendió Marta. Desde que Isabel le había explicado que no podían seguir saliendo juntos porque él ya no era el novio que se esperaba de una primera bailarina, la actitud de Efrén había ido de mal en peor.

—Perdona bisa —se disculpó sin ganas—. Solo pensaba en voz alta. Creo que voy a seguir tu consejo y ducharme. ¿Quién sabe? Quizá tenga suerte y

hoy sea el día elegido por Isabel para hacer su obra de caridad del mes... no queremos que me vea sucio y sudoroso, ¿verdad?, ya tengo suficiente con esta cara, no sería bueno que además apestara a cloaca —afirmó a la vez que se levantaba del suelo y la esquivaba para dirigirse al baño.

—Lo único positivo del accidente de coche ha sido que esa zorróna te ha dejado en paz... —musitó Marta entre dientes.

—¿Zorróna? —Efrén se detuvo en mitad del pasillo y se giró lentamente para mirar a la anciana—. Nunca te ha caído bien, ¿verdad?

—No es una buena chica, no te merece. Por su culpa hiciste sufrir a Laia.

—Laia, mi novia mágica... hacía tiempo que no me hablabas de ella —replicó socarrón. En realidad Marta mencionaba a la onírica mujer a cada momento—. ¿Y porque se supone que sufría? —preguntó intrigado.

—¿Por qué iba a ser? Porque la besabas a ella, la abrazabas a ella, la querías a ella... y Laia lo veía y sabía lo mala que era Isabel, y el daño que te haría —replicó la anciana con voz triste—. Y aún así, respetó tus deseos y siguió cuidando de ti en silencio. Esa si es una buena mujer para ti, y no la otra. Deberías esforzarte en conquistarla en vez de regodearte en tus heridas.

—Claro, no te preocupes, esta noche cuando me visite en sueños seré el hombre más atento y dulce del mundo —murmuró burlón antes de entrar en el cuarto de baño.

«Estás loca, bisa, y me estás volviendo loco a mí» pensó mientras se colocaba bajo el tibio chorro de agua de la ducha. Tanto le había hablado su bisabuela de Laia que había acabado por ser real en sus sueños hasta el punto de que ya no solo escuchaba su voz de vez en cuando. Desde el accidente la sentía cerca en todo momento, y lo que era peor, cada noche se dormía esperando verla en sueños, hablar con ella escuchar sus regañinas, reírse con las estrambóticas historias que le contaba sobre seres mágicos... Era el mejor momento del día, y también el más irreal. Su novia imaginaria se estaba convirtiendo en una obsesión de la que no quería deshacerse. Al fin y al cabo ella no huiría espantada al ver su rostro mutilado y la inutilidad de su pierna pues era una invención de su mente, y él no iba a permitirse imaginar que lo abandonaba asqueada, tal y como había hecho su exnovia real.

## Acto 5.

*Soy la voz en el viento y la lluvia torrencial.*

*10 de Agosto, 2012.*

—Efrén, no puedes seguir así, mi cielo —Marta regañó por enésima vez a su bisnieto—. No puedes pasarte el resto de tu vida encerrado en esta casa.

—Oh, y yo que pensaba que estabas encantada con mi compañía... No todas las mujeres tienen la suerte de compartir sus días con un hombre joven, guapo y sano como yo —ironizó mirando a su bisabuela.

Marta frunció el ceño y observó a su único descendiente varón. Ya no era el joven dispuesto a comerse el mundo que había sido antaño, ahora más bien parecía que el mundo se lo había comido a él, para luego escupirlo.

—Claro que estoy encantada de pasar mis días con un hombre tan especial como tú —le respondió ignorando el doloroso sarcasmo que él usaba al hablar de sí mismo. Efrén bufó al escucharla—. Pero... Cariño, eres joven, tienes que vivir tu vida, mientras que yo soy solo una vieja cansada cuyo único deseo es ver pasar el tiempo. Soy una simple espectadora en el teatro de la vida, tú eres el actor principal, y estás perdiendo el tiempo regodeándote en tus heridas.

Efrén levantó la cabeza bruscamente y observó enfadado a su bisabuela, nadie, absolutamente nadie, se atrevía a mencionar las heridas en su presencia. Bueno, nadie excepto bisabuela Marta.

—Además, qué crees que pensará tu novia de ti. Siempre encerrado entre estas cuatro paredes, con el ceño fruncido, sin ni siquiera peinarte y afeitarte. ¡Estás hecho un guarro! ¿Crees que a Laia le gusta verte así? No sé ni cómo le sigues gustando...

Efrén elevó la mirada al cielo y gruñó algo sobre novias y bisabuelas pesadas.

—¡No pongas esa cara, jovencito! Soy yo la que tiene que estar enfadada, no tú. ¿Cómo pretendes que le pida a Laia que te acepte como novio, si no



tienes oficio ni beneficio, y además apestas? Me estás dejando en muy mal lugar.

—Abuela... —susurró enfadada Esther, la madre de Efrén—. Déjale en paz.

—No te preocupes, mamá, bisa Marta tiene razón, apesto. Voy a ducharme.

Marta miró a su nieta y gruñó. Si seguía tratando a Efrén como a un niño desvalido, defendiéndole y consintiéndole sus caprichos, solo conseguiría que él se perdiera más y más.

Poco después de la medianoche, cansado de dar vueltas en la cama, Efrén salió de su habitación y se dirigió a la de su bisabuela. En algunas ocasiones ella permanecía despierta hasta tarde, cosas de la edad y el insomnio, decía. Esperaba que esa fuera una de esas noches, necesitaba hablar con alguien que no le dijera “sí” a todo, y la única persona lo suficiente valiente para hacer eso era bisa Marta.

Giró con cuidado el pomo, no quería despertarla en caso de que estuviera dormida, y entreabrió la puerta. Su bisabuela estaba sentada en su butaca favorita, la que estaba situada junto a la ventana abierta. Miraba a las estrellas y... ¿Hablaban con ellas?

—Tienes que ayudarlo, Laia, está muy perdido —Efrén observó a Marta asentir con la cabeza, respondiendo a alguien invisible. Su bisabuela cada vez parecía más ida, pensó entristecido—. Sabes que es un buen muchacho, solo tiene que encontrarse, pero necesita un empujoncito... —La anciana encogió los hombros y suspiró—. Sí, tus hermanos son un problema, demasiado gruñones para mi gusto, pero no es difícil darles esquinazo. ¿Recuerdas cómo nos escondíamos en el bosque de niñas mientras Antares se pasaba horas y horas buscándonos?

Marta comenzó a reír con su voz cascada por los años, y por un segundo, Efrén pudo intuir a la niña que había sido, la que jugaba en las montañas y se había inventado una amiga invisible a la que contarle sus secretos. Solo que esa fantasía había seguido presente en su vida. Incluso ahora seguía hablando con esa amiga a la que nadie podía ver y que era hija de una diosa...

—Bisa... —la llamó desde el umbral, ella se giró al escucharle y le hizo un gesto para que se acercara y se sentara junto a ella, sobre el reposabrazos de la butaca.

—No te preocupes por nada, mi niño, bisa sabe cómo solucionarlo todo —le susurró Marta con la misma voz que usaba cuando él era pequeño para cantarle sus preciosas nanas—. Empezaremos mañana mismo. Te levantarás

pronto y me acompañaras a la peluquería, yo me peinaré mis tres pelos y tú te cortarás las greñas, y luego daremos un paseo —le advirtió con voz mafiosa.

Efrén rio divertido por las ocurrencias de su bisa. Marta le miró sorprendida y, satisfecha, hacía más de un año que no escuchaba su risa.

«Bisa Marta es una verdadera lianta» pensó Efrén intentando no ver su reflejo en los espejos.

Tal y como había dicho su bisabuela habían ido a la peluquería y después habían dado un paseo hasta el Centro de Mayores del barrio. Bisa Marta asistía dos veces a la semana a clases de gimnasia para ancianos y se había empeñado en que la acompañara. Y luego, sin el menor remordimiento, le había exigido que la esperara en esa sala hasta que regresara de su clase.

Y ahí estaba.

Abandonado ante cuatro paredes forradas del espejos.

Se pasó una mano por la cabeza y maldijo a la peluquera que le había cortado el pelo. Ya no podía ocultar sus rasgos tras este. Enredó los dedos sobre los mechones que cubrían sus orejas e intentó disimular con ellos las cicatrices de la mejilla, pero no pudo, era demasiado cortos. Suspiró enfadado y miró a su alrededor, los espejos reflejaron sin compasión su semblante grotesco. Bajó la mirada al suelo y sin atreverse a levantarla, caminó hasta el centro de la sala.

El eco le devolvió el sonido de sus pasos.

Cerró los ojos, inspiró profundamente y giró sobre su pierna izquierda. Esta aguantó sin quejarse. Intentó hacerlo sobre la derecha, la maldita rodilla estuvo al punto de fallarle.

Abrió los ojos y centró la mirada en el cuerpo que reflejaban los espejos. Se vio alzar lentamente los brazos, sosteniéndolos en una línea larga y estilizada, con los hombros rectos y alineados. Elevó la barbilla y dando un par de pasos laterales, ejecutó un *glissade* sencillo. Dejó que sus brazos se balancearan a la vez que su espalda se erguía buscando la verticalidad y sin darse tiempo a pensarlo recorrió la sala en un lento *adagio* que poco a poco se convirtió en *allegro*.

Sus pies comenzaron a volar veloces, tomó impulso y saltó, su pierna derecha se elevó recta en el aire mientras la izquierda la perseguía en un *chassé* perfecto. Intentó entonces un *jeté*, y al ver que lo conseguía sin apenas dolor, lanzó ambas piernas al aire, consiguiendo su horizontalidad sincronizada con la vertía calidad de la parte superior de su cuerpo, en un

*grand jeté* ejecutado con maestría, al menos, hasta que sus pies volvieron a tocar el suelo y su rodilla se cansó de portarse bien.

Cayó desmadejado sobre el pulido parqué, de sus labios escapó un gruñido mezcla de frustración y dolor. Golpeó el suelo con ambos puños a la vez que echaba la cabeza hacia atrás para rugir por su fracaso.

Y entonces, la vio.

Apretó los labios ahogando el grito que comenzaba a surgir de ellos y la observó en los espejos. Parecía tres o cuatro años menor que él. Llevaba un vestido blanco ajustado al cuerpo que se tornaba vaporoso al llegar a las caderas y caía etéreo hasta sus tobillos, iba descalza y... parecía un ángel. El cabello rubio resplandeciente le caía en exquisitas ondas hasta la cintura y su rostro era simplemente perfecto, piel dorada, labios gruesos, de un rojo brillante, y ojos verdes que le observaban persistentes, como si conocieran todos sus secretos.

—¿Te divierte mirar a un monstruo? —preguntó levantándose y girando el rostro para que ella pudiera ver con claridad las cicatrices de quemaduras que surcaban su perfil izquierdo.

—No veo ningún monstruo ante mí —contestó ella caminando hacia él—. Solo a un hombre perdido —musitó alzando su mano y acariciándole la mejilla herida. Efrén apartó la cara sin dejar de mirarla—. No volverás a bailar como antes. Jamás —afirmó mirándole a los ojos—. Pierdes el tiempo deseando lo que nunca podrá ser.

—No entiendes nada, no tienes ni idea de... —Efrén dio un paso atrás, alejándose de ella, enfadado y asustado por la verdad que sus certeras palabras le mostraban.

La observó con los ojos entornados. Esa voz... había escuchado antes esa voz. En sueños y despierto. Durante el día y la noche. Había escuchado su risa en los momentos felices y sus susurros de consuelo en las horas más duras.

—¿Quién eres?

—¿No lo sabes? Soy Laia, y tú eres mío.

—¿Qué has hecho?! —siseó Efrén a su bisabuela tomándola con cuidado por el brazo e instándola a abandonar el aula.

—¿Qué he hecho de qué? —le preguntó Marta, confusa. No entendía la premura de su bisnieto por abandonar el Centro de Mayores, aún no había acabado la clase.

—¿No lo sabes? —susurró enfadado—. Acabo de encontrarme con una loca que dice llamarse Laia y que asegura que yo soy ¡Suyo! ¿Qué estás tramando, bisa Marta?

—¿Laia ha venido? ¿Dónde está? —Marta giró sobre sus pies y miró a su alrededor buscando a su mejor amiga. Efrén se apresuró a sujetarla cuando estuvo a punto de caer por el ímpetu que imprimió a sus movimientos.

—¡Bisa! Ten cuidado, no estás para estos meneos —la regañó.

—¿Dónde está Laia? Dímelo.

—No tengo ni idea, como te puedes imaginar no me he quedado a escucharla.

—Has huido... —murmuró Marta acariciando a su bisnieto en el mismo lugar en que Laia le había tocado minutos antes. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Efrén.

—Regresamos a casa, no estoy de humor.

Cuando por fin estuvo seguro de que Marta estaba dormida en su cama, Efrén se encerró en su cuarto con la intención de... no tenía ni idea de cuál era su intención. Se presionó las sienes con los dedos y emitió un quedo gemido. Eran más de las dos de la madrugada, llevaba todo el día dándole vueltas a la cabeza y no le cabía ninguna duda: su bisabuela había perdido la cabeza. Claro que tampoco se podía esperar otra cosa de una anciana de 104 años. Pero una cosa era escuchar sus cuentos sobre dioses energéticos y niñas inmortales, y otra muy distinta era lo que había sucedido esa misma mañana. ¡Por favor! Había convencido a una mujer para que se hiciera pasar por la tal Laia. O eso, o la muchacha estaba tan loca como Marta, lo cual sería una pena porque además de ser muy joven, era muy guapa. Y decía que él era suyo... ¡Por Dios!

Y la cuestión era que estaba seguro de conocer a esa chica, había oído su voz en más ocasiones de las que podía recordar... había sentido su cálido aliento sobre su piel durante los horribles minutos que estuvo atrapado en el coche tras el accidente que le había convertido en un monstruo. Había sentido sus manos acariciándole la frente cada noche que había pasado en el hospital. Y seguía sintiéndola y escuchándola cada día, en los momentos más inesperados.

No era posible.

Todo era producto de su desbocada imaginación.

Toda la vida escuchando a su bisabuela asegurar que estaba comprometido con una supuesta novia celestial que le cuidaba entre las sombras había acabado por hacer mella en él y volverle chiflado. Pero esa voz...

Recordaba haberla escuchado cada vez que había estado a punto de meterse en algún problema siendo niño... y siendo adulto. Recordaba sus quedos susurros tras los días que siguieron a la tarde que marcó el final de su vida. Esa voz había traspasado el muro de su desesperación obligándole a despertarse cada mañana, retándole a esforzarse durante la durísima rehabilitación. Estaba seguro de que sin esas palabras de ánimo, jamás hubiera encontrado la fuerza para afrontar cada nuevo día.

Pero esa voz era pura fantasía, una voz que su imaginación había inventado por culpa de todas las historias que bisa Marta le había contado. Nada más. No podía ser real. Nadie tenía un Ángel de la Guarda cuidándole. Y él, menos que nadie, pensó frunciendo el ceño.

Un sonido procedente del exterior llamó su atención, cerró los ojos y aguzó el oído hasta que volvió a escucharlo. Sonaba como si alguien golpeará, suaves y persistentemente, los cristales de las puertas de la terraza, y dudaba que fueran sus padres, era demasiado tarde para que estuvieran despiertos. Se levantó y atravesó sigiloso el pasillo hasta llegar al salón.

Y allí se encontró con ella.

—Me pregunto qué harás esta vez, llorar desconsolado o huir como alma que lleva el diablo... Sorpréndeme —le dijo Laia. Estaba en la terraza. Descalza, con su angelical vestido blanco ondeando contra sus tobillos desnudos.

—Jamás he llorado ante ti —replicó Efrén. El aire frío de la calle le acarició el rostro cuando salió junto a la joven.

—Sí lo has hecho, si no recuerdo mal tenías más o menos seis años, te aferraste con tus manitas a la falda de Marta y comenzaste a llorar a la vez que gritabas a pleno pulmón que jamás te casarías con una vieja como yo.

—Tú no eres esa mujer... Es imposible que estuvieras hace veinte años en el Retiro.

—¿Estás seguro? —Laia arqueó una de sus perfectas cejas.

Efrén ignoró su pregunta, se apoyó en la barandilla y miró hacia la calle. ¿Cómo demonios se había colado en la terraza? Era imposible que hubiera escalado hasta allí, y tampoco había entrado en la casa por la puerta, la habría oído. Lo que solo le dejaba una opción: se había vuelto completamente loco y

estaba viendo visiones... visiones celestiales a juzgar por la preciosa muchacha que se encontraba frente a él.

—Sabes que jamás serás el bailarín que deseas ser —afirmó la joven al ver que él no decía nada—. Ese ya no es tu destino.

—¿Cuál es entonces? ¿Ser tu consorte? —preguntó sarcástico. No podía creerse que estuviera hablando con una fantasía. Más exactamente con la fantasía de su bisabuela.

Un furioso viento helado impactó de repente contra su cuerpo, haciéndole retroceder.

—No creo que sea tan sencillo como parece —murmuró Laia extendiendo una mano como si quisiera apaciguar al viento, y este, extrañamente dejó de molestarle— Antares, Efrén es el bisnieto de Marta, compórtate.

—¿Con quién hablas? —inquirió Efrén acercándose de nuevo a la barandilla para a continuación asomarse y mirar a la calle. Esperaba encontrarse con árboles zarandeados por el viento, o al menos con remolinos de hojas caídas. Pero en el exterior solo había quietud. Nada que hiciera suponer que solo unos segundos antes un huracán había barrido su terraza.

—Con Antares, mi hermano mayor —respondió en ese momento Laia. Efrén la miró sin comprender—. Acaba de encontrarme y está enfadado porque me he escapado. Me temo que debo marcharme.

—¿Antares? —Efrén entornó los ojos, recordando—. Ah, sí. El dios energético del viento o algo similar... según dice mi bisabuela —comentó irónico.

—No me gusta tu prometido, Laia —declaró en ese momento un hombre de piel pálida y cabellos blancos que se apareció de repente junto a la joven—. Madre nos reclama. Debemos irnos. —Antares asió la mano de su hermana, y juntos desaparecieron en un remolino cuya fuerza tiró al suelo al humano.

Efrén miró aturdido a su alrededor. ¿Qué coño había sucedido? ¿De dónde narices había salido ese tipo?

Y lo más importante. ¿Por qué se había ido Laia? Ella era su fantasía, no tenía derecho a irse sin su permiso.

*13 de Agosto, 2012.*

Efrén abrió los ojos al escuchar un crujido. Entornó los parpados intentando ver algo, pero el resplandor azulado de los números del despertador era la única y escasa luz que rompía la oscuridad de su

habitación. Se mantuvo en silencio, intentando averiguar qué era lo que le había despertado, y tras comprobar que era solo su desquiciada imaginación, miró la hora y se dio la vuelta en la cama para intentar volver a dormirse. Apenas era la una de la tarde, demasiado pronto para; enfrentarse a todo un día lleno de horas que no sabía cómo ocupar.

—¿No te cansas de compadecerte? —susurró Laia en su oído.

Efrén se sentó sobresaltado en la cama mientras su mano recorría a tientas la pared en busca del interruptor de la luz. Cuando lo encontró lo pulsó con rapidez, y entonces la vio. Estaba sentada sobre el escritorio con sus preciosos pies desnudos balanceándose en el aire. Había cambiado la etérea túnica por unos pantalones cortos de tela vaquera y una camiseta blanca de tirantes. Su cabello dorado caía en cascada sobre sus hombros y toda ella parecía brillar. Era tan hermosa que dolía mirarla y saber que era solo una fantasía.

—Debería darte vergüenza... —comentó ella bajando del escritorio—. El sol está en lo más alto del cielo, y mira dónde estás tú... tirado en la cama, haciendo nada y regodeándote en la pereza.

Efrén abrió la boca para defenderse, pero volvió a cerrarla al instante siguiente. Ella no era real. Las mujeres reales no desaparecían en el aire en mitad de la noche, ni aparecían de repente para echarle la bronca.

—¿No tienes nada que decir? —inquirió Laia cruzándose de brazos y mirándole enfadada—. No me extraña, yo en tu lugar estaría tan avergonzada que sería incapaz de hablar.

—No estás aquí. No existes. Solo eres producto de mi imaginación —musitó Efrén bajándose de la cama y dándole la espalda.

Un pellizco en el trasero le hizo brincar sobresaltado.

—¿Pueden las fantasías dar pellizcos? —le preguntó Laia risueña situándose a su lado—. Por cierto, Marta tiene razón, tienes un culo precioso, y muy duro.

—¿Mi bisabuela te ha dicho que tengo un...? —Efrén se detuvo de repente y la miró fijamente—. No estás aquí —repitió.

—¿Quieres que vuelva a pellizcarte?

Una divertida sonrisa se dibujó en los labios del joven al escuchar la amenaza. Levantó una mano con el índice extendido y, sin dejar de mirarla, caminó hacia la ventana.

—No te muevas de ahí —la advirtió. Subió la persiana apresuradamente sin apartar los ojos de ella. Necesitaba comprobar que seguía estando allí a la luz del día. Que era real—. Te has cambiado de ropa... —murmuró sin saber bien que decir.

—Las personas normales suelen cambiarse de ropa todos los días... para no apestar, ya sabes —replicó ella arqueando una ceja.

Efrén bajó la vista y observó la camiseta y los pantalones del pijama, largos para cubrir las cicatrices de la rodilla, con los que iba vestido. Las mismas prendas que se había puesto al regresar del centro de mayores con Marta. No se había molestado en cambiarse ni en ducharse. ¿Para qué? Nadie iba a ir a visitarle y él no pensaba salir de casa después del fiasco de la última vez. Se rascó la cara pensativo y en ese momento recordó que tampoco se había afeitado desde entonces. La miró aturdido, ella estaba preciosa y él parecía un pordiosero.

—Espera aquí, no te vayas —la ordenó antes de abandonar a la carrera la habitación.

Entró en el cuarto de baño y se duchó y afeitó tan rápido como fue capaz para luego, envuelto en una toalla de baño que le cubría desde la cintura a las pantorrillas, salir al pasillo donde se encontró con su madre que parecía estar esperándole.

—Cariño, ¿te encuentras bien? ¿Has tenido alguna pesadilla? —le preguntó preocupada.

—No. ¿Por qué? —La miró extrañado por la inquietud que mostraba.

—No sueles levantarte tan pronto —explicó ella alzando la mano para retirarle el pelo mojado de la cara, pero se detuvo antes de tocarle. Hacía tiempo que su hijo montaba en cólera cuando alguien se acercaba demasiado a su rostro. Dio un paso atrás esbozando una compungida sonrisa—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, mamá. Estoy estupendamente —Efrén observó a su madre y sin pararse a pensar en lo que hacía, la besó con cariño en ambas mejillas. «¿Cuánto tiempo hace que no le doy un beso?» pensó al percatarse de la cara sorprendida, y extasiada, de la mujer.

—Maravilloso, cariño. No sabes cuánto me alegro de que estés tan... contento —musitó ella elevando de nuevo la mano y, esta vez sí, retirándole el mechón de pelo de la frente—. ¿Quieres que te prepare algo para desayunar? —preguntó deslizando los dedos con sumo cuidado por la sien del joven. Este negó con la cabeza, apartándose antes de que pudiera continuar su recorrido y tocarle las cicatrices de la mejilla—. Como quieras. Ve al salón con bisita Marta mientras acabo de recoger tu cuarto.

—Déjalo, ya lo hago yo.

—Cariño, ¿seguro que estás bien?



—Sí, seguro —repitió estupefacto por su insistencia, hasta que, poco antes de llegar a su habitación fue consciente del tiempo que hacía que no se molestaba siquiera en hacerse la cama. Se giró despacio y comprobó que su madre seguía en mitad del pasillo, sujetando distraída un hato de sábanas mientras le observaba como si hubiera sucedido un milagro. La sonrió casi con timidez y esbozando una sonrisa entró en la habitación.

Laia ya no estaba allí.

Recorrió con la mirada la estancia, la ventana estaba completamente abierta y las sábanas de la cama habían desaparecido. Salió de nuevo al pasillo y corrió hasta la cocina. Su madre estaba agachada frente a la lavadora.

—¿Has estado en mi cuarto? —la preguntó casi gritando. Ella asintió nerviosa.

Efrén sacudió la cabeza a la vez que soltaba un improperio, luego observó a su madre, seguía inclinada sobre el cubo de la ropa sucia y le miraba como si temiera que él estuviera a punto de explotar en un ataque de rabia.

—Lo siento... —se disculpó, consciente de que últimamente su carácter no era el más agradable—. Había... ¿Había alguien en mi cuarto cuando has entrado? Una chica... rubia, ojos verdes, muy guapa...

—No... claro que no —respondió confundida—. ¿Por qué iba a estar esa chica en tu habitación? —inquirió suspicaz.

—Por nada. Había esperado que... da igual.

Esther suspiró preocupada cuando su hijo regresó a su dormitorio. Había esperado que tras acompañar a Marta al centro de mayores comenzara a salir de nuevo, pero había vuelto a encerrarse en su habitación... y ahora preguntaba por chicas inexistentes. Negó con la cabeza a la vez que se encaminaba hacia el salón. Tendría que hablar muy seriamente con Marta, no iba a permitir que volviera loco a su hijo con historias de mujeres imaginarias que cuidaban de él cual ángel de la guarda.

*16 de agosto, 2012.*

—¡Arriba dormilón!

Efrén se sentó de un salto en la cama al escuchar el grito y sentir que alguien tiraba de la sábana que le cubría. El corazón latiéndole acelerado y a punto de escapar por su garganta.

—¿Qué...? —jadeó abriendo los ojos totalmente desorientado mientras su mano recorría la pared en busca del interruptor de la luz.

Al instante siguiente alguien subió las persianas y descorrió las cortinas, y él no tuvo más remedio que cerrar los ojos con fuerza, cegado por el resplandor del sol.

—Es hora de levantarse.

Efrén miró a la hermosa mujer que estaba de pie frente a él, luego desvió la mirada al despertador de la mesilla y escondió la cabeza bajo la almohada.

—No son ni las ocho de la mañana. Baja la persiana —gruñó adormilado.

—Serás holgazán... —le reprendió Laia arrebatándole la almohada a la vez que le daba un pellizco en el trasero.

—¡Quieres dejar en paz mi culo! —gritó dirigiéndole una mirada asesina.

Ella se limitó a enarcar una ceja.

Él bufó sonoramente, cogió la sábana que estaba en el suelo y cubriéndose con ella la cabeza, volvió a cerrar los ojos.

Una tenue lluvia cayó de repente sobre él, empapándole.

—¡Joder! —Saltó de la cama sacudiéndose la cabeza como un perrito, tropezó con la almohada que estaba en el suelo y acabó cayendo sobre su trasero. Y en ese momento se dio cuenta de que se había dormido solo con los bóxers y que su rodilla mutilada estaba al descubierto. Se apresuró a buscar la almohada y ponerla sobre su pierna derecha.

—¿Ya estás despierto? —le preguntó Laia con fingida dulzura.

—¡No! —La lluvia volvió a caer sobre su cabeza—. ¡Sí, estoy despierto!

—¡Maravilloso! —exclamó ella esbozando una preciosa sonrisa que dejó totalmente aturdido al joven—. Marta ya está despierta y está intentando subir la persiana, pero no puede. Creo que se ha estropeado... —se detuvo esperando a que él dijera algo, pero Efrén se limitó a mirarla arrobado. El sol incidía de lleno sobre ella, dibujando un halo mágico a su alrededor—. Ya sabes lo cabezota que es, intentará arreglarla ella misma y se acabará haciendo daño... —Él asintió distraído—. Pues ve con ella, ¡vamos, no te quedes ahí como un pasmarote!

Efrén sacudió la cabeza, se levantó del suelo y, sin apartar la almohada de su pierna, caminó hasta el armario para coger un pantalón y una camiseta.

—¿Te importa darte la vuelta? Me voy a vestir... —siseó enfadado al ver que la descarada joven no le quitaba la vista de encima.

—Sí me importa —respondió ella con sinceridad—. Me gusta mirarte. Tienes un cuerpo muy bonito a pesar de estar tan pálido. Deberías salir más a la calle, te sentaría bien un poco de bronceado...

Efrén se quedó petrificado al escuchar sus palabras. La miró como si estuviera loca y, acto seguido negó con la cabeza y comenzó a vestirse. Si

quería horrorizarse con sus cicatrices, que así fuera, a él le daba lo mismo.

Laia sonrió divertida al ver su expresión, sonrisa que se tornó en una mueca de preocupación al escuchar un golpe seguido de un gemido en la habitación de Marta.

Efrén salió corriendo de dormitorio, la camiseta y los pantalones olvidados en el suelo.

—¿¡Bisa, estás bien!?

—Sí... —musitó Marta frotándose el brazo derecho—, intenté subir la persiana, pero no pude... y cuando hice fuerza resbalé y me golpeé sin querer contra la lámpara de la mesilla —dijo señalando el suelo y la lámpara rota que había en él.

—Abuela, ¿qué ha pasado? —preguntó Esther entrando en el dormitorio.

—Nada, nenita. Se ha roto la persiana, pero Efrén la va a arreglar.

—¿Efrén? —Esther miró a Marta como si se hubiera vuelto loca y a continuación se dirigió a su hijo—. ¡Qué cosas se le ocurren a la abuela! Vuelve a la cama y duerme un poco más, Efrén, bisa no se ha dado cuenta de lo pronto que es —luego volvió a dirigirse a Marta—. Ya te arreglaré la persiana Mario cuando vuelva del trabajo.

—No hace falta que papá la arregle, puedo hacerlo yo —gruñó Efrén herido en su orgullo. Esther observó a su hijo petrificada—. No sé por qué te sorprendes tanto, ni que me pasara todo el día en la cama...

«Todo el día, no. Pero hasta la una o las dos de la tarde, sí» susurró la voz de Laia en su oído. Efrén giró la cabeza, esperando verla, pero ella no estaba allí. O al menos no estaba en modo visible. Suspiró enfurruñado y acto seguido procedió a arreglar la persiana.

Cuando acabó un par de horas más tarde se dio cuenta de que, no solo no tenía ni pizca de sueño, si no que se encontraba extrañamente feliz de haber hecho algo útil, por lo que, cuando Marta le sugirió que la ayudara a ordenar su armario, aceptó encantado. Era bueno tener cosas que hacer.

*17 de Agosto, 2012.*

—A quién madruga Dios le ayuda...

Efrén abrió los ojos al escuchar el conocido refrán y una sonrisa complacida se dibujó en sus labios. Laia había vuelto. Era ella, estaba seguro aunque no podía verla debido a la oscuridad reinante. Era su voz. Y le gustaba escucharla. Aferró la sábana con ambas manos, dispuesto a luchar por ella si la joven intentaba quitársela de nuevo, y se sentó en la cama con la espalda

recostada contra el cabecero. Un instante después la luz del sol se coló en el dormitorio y pudo verla por fin. Estaba asomada a la ventana, con el dorado cabello derramándose sobre sus hombros y vestida con una escueta minifalda rosa y una blusa estampada. Y por supuesto, estaba descalza. La observó a placer mientras ella parloteaba sobre el hermoso día que hacía y la mejor manera de disfrutarlo. Apenas prestó atención a sus palabras hasta que vio que se giraba para dirigirse hacia él. En ese momento obligó a sus labios a dejar de sonreír y compuso su mejor cara de estoy-enfurrñado-porque-me-has-despertado.

—¿Qué te parece el plan? —le preguntó Laia sentándose en el borde de la cama.

—¿Qué plan? —La miró desorientado. ¿Tenían un plan? ¿Para hacer qué?

—No has escuchado nada de lo que he dicho.

—Eso es porque no me interesa nada de lo que puedas decirme.

—Es una lástima que un hombre joven como tú sea tan vago...

—¡No soy un vago! —Y solo para que quedara claro que no lo era le refirió orgulloso todo lo que había hecho el día anterior—. Arreglé la persiana, ayudé a bisá a colocar su armario, recogí mi habitación y le eché una mano a papá con el fregadero atascado. No soy un vago.

—Vaya, sí que trabajaste mucho —comentó ella con ironía—. Levántate de la cama y ponte en marcha, no querrás que se te eche el tiempo encima.

—No tengo nada que hacer —replicó él desafiante.

—Seguro que sí.

—Seguro que no.

—¿Por qué no lo averiguas? Pregúntale a tu madre o a Marta si puedes ayudarlas en algo.

—No pienso despertarlas para preguntarles esa tontería —rechazó enfurrñado.

—Son las nueve de la mañana —siseó ella cerniéndose sobre él—. El único que no está todavía despierto en esta casa eres tú... ¡Vago!

—¡No soy un vago! —gritó herido en su amor propio.

Se levantó de un salto sin preocuparse por sus cicatrices ya que la noche anterior, previendo —y deseando— que ella apareciera por la mañana, se había puesto los pantalones del pijama para dormir. Abrió la puerta del dormitorio como una exhalación esperando encontrarse la casa en silencio, y lo que se encontró fue a su madre barriendo el comedor y a su bisabuela fregando los platos sucios. Las observó asombrado e inmóvil en mitad del pasillo. ¿Qué hacían despiertas a esas horas?

—Vamos, pregúntalas si puedes ayudarlas en algo... vago —susurró Laia en su oído.

Efrén apretó mucho los labios para contener el exabrupto que estaba a punto de escapar de ellos y giró la cabeza para asesinarla con la mirada. Ella ya no estaba allí. O sí, pero no podía verla.

—Mamá, Bisa... —se detuvo cuando ellas levantaron, la mirada de lo que estaban haciendo y le observaron como si le hubieran salido tres cabezas.

«No te detengas ahora» le instó Laia.

—Hay... ¿Hay algo que tenga que hacer hoy? Arreglar algo roto, por ejemplo.

—No cariño, ya trabajaste mucho ayer —le alabó su madre.

Efrén sonrió ufano al escucharla.

—Ves, no tengo nada que hacer —susurró en voz muy baja, solo para Laia.

—Podría hacer la compra... —dijo Marta en ese momento.

—Por supuesto que no —rechazó Esther con rotundidad, mirando a Marta como si se hubiera vuelto loca—. No sabe dónde tiene que comprar.

—Le daremos una lista con la compra y los sitios donde hacerla —rebató Marta.

—Tendrá que andar mucho, y además habrá de hacerlo cargado con el carrito. No está en condiciones de darse esa paliza...

Y mientras discutían sobre si podía o no podía, Efrén miraba pasmado a las dos mujeres. ¿Desde cuándo su madre le consideraba un inútil?

«Pobrecito, no tienes fuerzas para cargar con un carrito. Y eres tan tonto que no sabes dónde tienes que ir a comprar... No solo eres un vago, también eres un inepto» escuchó la burlona voz de Laia junto a él.

—¡Basta! ¡Callaos las tres! —gritó enfadado.

—¿Las tres? —inquirió Esther mirando a su alrededor buscando a la tercera en discordia.

—Hazme la puñetera lista, mamá —exigió enfadado. La mujer hizo intención de decir algo, pero él se lo impidió—. Te aseguro que estoy lo suficientemente capacitado para ir de compras... ¡Y para muchas cosas más! ¡No soy un vago, y tampoco un inútil!

Y dicho esto dio media vuelta y se encerró en el cuarto de baño. Cuando salió, duchado y afeitado, una enorme lista le estaba esperando sobre la mesa de la cocina. Desayunó sin ganas mientras la leía una y otra vez, ¡era interminable! Tendría que pasar toda la mañana andando de un lado a otro para hacer toda la compra... Y hacía más de un año que no caminaba por la

calle solo, siempre le acompañaba bisabuela Marta. Estaría solo en la calle, entre toda la gente que le miraría horrorizada la cara... y se reiría de sus cicatrices.

—Si te esperas un poco, me visto y te acompaño —murmuró su madre revolviéndole el pelo.

Efrén suspiró aliviado a la vez que esbozaba una agradecida sonrisa.

«Pobre niño pequeño que tiene que ir de la mano de mamá para no hacerse pipi de miedo» escuchó la voz de Laia.

—¡No necesito que nadie me acompañe! —exclamó saltando de la silla—. Lo siento, mamá, no quería gritarte. Es solo que... —Se detuvo al no saber cómo explicarle que estaba enfadado con su novia onírica—. Me voy, regresaré pronto.

Abandonó la casa con el carrito y la lista en la mano, decidido a realizar tan sencilla tarea. Era perfectamente capaz de hacer la compra. Seguro. Todos los días subía y bajaba las escaleras de las nueve plantas tres veces para mantenerse en forma, en comparación con eso darse un paseo no supondría ningún esfuerzo. Solo tenía que ir a la calle, seguir las indicaciones de la puñetera lista y regresar a casa. Nada más. Salió del portal y se quedó inmóvil en mitad de la acera. La calle estaba llena de personas. Personas que caminaban hacia él, que le esquivaban, que le miraban la cara intrigados por sus cicatrices... estaba rodeado por ellas. Y bisabuela Marta no estaba a su lado, entreteniéndole con su charla, logrando que se olvidara de lo que le rodeaba.

Dio un paso atrás. A su bisabuela le encantaba pasear, seguro que si se le proponía le acompañaría, y si no les daba tiempo a comprar todo no pasaba nada, así tendrían algo que hacer al día siguiente.

—¿Tienes miedo de quemarte la nariz? —le preguntó Laia en ese momento, tomándole de la mano—. No te preocupes, le diré a Simba que afloje un poco los rayos de sol mientras paseamos.

Efrén tragó saliva y la miró agradecido... y embelesado. Estaba ahí, a su lado, dándole la mano. Era preciosa. Y también desquiciante. Y le encantaba.

—¿Simba? —la miró entornando los ojos—. Ah, sí. Tu hermano pequeño, el que según bisabuela Marta maneja a su antojo los rayos de sol... Tienes una extraña familia.

—No lo sabes tú bien.

*1 de Septiembre, 2012.*

Abrió apenas los ojos para averiguar la hora que marcaba el despertador. Las siete de la mañana, Laia no tardaría en hacer su aparición. Se movió hasta

quedar tumbado de espaldas sobre la cama y sonrió entusiasmado mientras se peinaba el pelo con los dedos. Tras pensárselo un segundo recolocó la sábana para que le quedara a la altura de las caderas; la primera vez que Laia había estado en su habitación le había dicho que le gustaba mirarle, y las miradas que le dedicaba cada mañana al despertarle, unidas a su afán por quitarle la sábana daban fe de su sinceridad... Y pensaba aprovecharse vilmente. Una sonrisita diabólica iluminó su semblante al imaginar la reacción de su amiga cuando viera la sorpresita que tenía preparada esa mañana. Se iba a quedar muda de la impresión. Por una vez en su vida ella sería la sorprendida en lugar de él. Iba a ser algo digno de ver.

Miró hacia la ventana impaciente, ojalá no tardara mucho en llegar. Se removió inquieto mientras pensaba en el radical giro que había dado su vida en menos un mes. No era solo que ella le despertara cada día al rayar el alba, si no todas las demás cosas que le había retado a hacer. Cosas que él no quería hacer y que había hecho... o bueno, en realidad, cuando se acostumbró a volver a tener una vida activa sí quería hacer esas cosas, pero era tan divertido discutir con ella que no podía evitar negarse para que tuviera que convencerle con sus malas artes. Una risita divertida escapó de sus labios. A veces, cuando discutían y le azuzaba, deseaba estrangularla... casi con la misma intensidad que quería besarla. ¿A qué sabrán sus labios? ¿Sería su piel tan suave como su cabello? Le gustaba revolver —y acariciar— su pelo cuando bromeaban, casi tanto como tomada de la mano cuando paseaban. Y deseaba más allá de toda razón besarla...

Sintió más que escuchó su presencia en la habitación y se apresuró a cerrar los ojos y hacerse el dormido.

—Arriba holgazán —susurró Laia subiendo las persianas. Efrén abrió los ojos lentamente y, conteniendo la sonrisa que pugnaba por abandonar sus labios, emitió un sonoro y fingido gruñido.

—Aún es temprano, déjame dormir —protestó tapándose la cara con el antebrazo.

—¿Ya estamos como siempre? —bufó ella dando un tirón a la sábana—. Oh, vaya —exclamó cuando la tela tocó el suelo mostrando a Efrén en todo su desnudo esplendor.

—Te he dicho mil veces que no me quites la sábana —comentó él divertido al comprobar que la muchacha había abierto los ojos como platos. Aunque al instante siguiente carraspeó incómodo al ver que ella no apartaba la vista de su entrepierna—. Te advertí de que podías llevarte una sorpresa

desagradable... —argumentó, tentado de cubrirse con las manos. Le estaba poniendo nervioso. Muy nervioso.

—Yo no diría que sea una sorpresa desagradable —musitó Laia sentándose en la cama—, sino una revelación.

—¿Una revelación? —jadeó Efrén atónito. Él sí que iba a revelar algo muy grueso y grande si seguía mirándolo así...

—Sí. Siempre que te veía bailar me preguntaba si el bulto que se te marcaba en la entrepierna era debido a algún relleno del maillot o a tus atributos naturales... Ya veo que es la segunda opción, y eso está muy bien. No me gustaba nada pensar que podías poner calcetines en tus pantalones de ballet —explicó posando sus delicados dedos sobre el muslo de Efrén, muy cerca de aquello que se estaba revelando impresionante con inusitada rapidez.

—¡Laia, por favor! —gimió el joven dándose media vuelta en la cama hasta quedar tumbado de lado, ocultando así su erección en pleno apogeo.

—No seas perezoso y levántate, hoy tenemos muchas cosas que hacer —le instó ella dándole un suave pellizco en el trasero desnudo.

Efrén saltó de la cama dispuesto a exigirle que dejara de pellizcarle el trasero a la menor oportunidad, pero ella ya no estaba allí. Bufó indignado, en primer lugar por el ataque de timidez que había sufrido, y en segundo lugar por dejarse vencer por ella, ¡otra vez! Tomó la sábana del suelo y envuelto en ella abandonó el cuarto en pos de una ducha reconfortante que le aclarara las ideas... y que de paso le bajara la *revelación*.

Laia volvió a tomar forma sólida junto a la cama cuando él abandonó enfurruñado el dormitorio. Se llevó las manos al corazón, intentando sosegar un poco sus acelerados latidos. Nunca hubiera imaginado que Efrén se atreviera a mostrarse ante ella como su madre lo había traído al mundo... De hecho, no tenía ni idea de dónde había sacado la entereza para responderle como lo había hecho. La había dejado total y completamente pasmada, además de, para qué negarlo, muy impresionada.

—Voy a matar a tu prometido —susurró Antares en su oído.

Se giró en el acto, encontrándose con las miradas furiosas de Antares y Merak y la curiosa de Ailean.

—¿Cómo se le ocurre presentarse desnudo ante ti?! —gruñó Merak dando muestras de una inusitada fiereza en contraposición con su habitual indiferencia.

—¿Por qué se le ha inflado el pene? No has llegado a tocarle... —inquirió pensativo Ailean. Merak y Antares dedicaron una mirada asesina a su



entrometido hermano menor—. ¿Qué? Solo siento curiosidad... eso no es malo.

—La curiosidad mató al gato —siseó Antares a la vez que negaba con la cabeza. ¡No tenía suficiente con que su hermana estuviera prendada de un hombre, que también tenía que bregar con la curiosidad insaciable de su hermano menor por los humanos!

—¡Fuera de aquí! —gritó Laia. Ailean se encogió de hombros y desapareció—. ¡Vosotros también! —volvió a gritar a los dos hermanos restantes.

—Como tu prometido vuelva a hacer algo impropio haré temblar la tierra —la advirtió Merak.

—Bien, pero asegúrate de lo que hace, porque hoy no ha hecho nada malo; he sido yo quien le ha quitado la sábana...

—En eso tiene razón... —la apoyó Ailean apareciendo de nuevo.

—¿Pero tú de parte de quién estás? —inquirió Merak molesto para luego mirar pensativo a su Antares—. ¿Fue Laia quien le quitó la sábana? —Imposible. Su hermana pequeña no hacía esas cosas... ¿O sí?

—Si estuvieras más pendiente de tu hermana que de tus rocas fundidas, lo sabrías —masculló Antares enfadado porque Laia volvía a salirse con la suya. No podía castigar al muchacho por las cosas que ella hacía—. Y tú, hermanita, no vuelvas a desnudar a tu novio o me enfadaré.

—¡Pues enfádate! —exclamó Laia tirándole lo primero que encontró, que fue la lámpara de la mesilla de noche.

—¿Quién está en tu cuarto, Efrén? —escucharon la voz asustada de Esther a través del pasillo.

—Nadie... ¿Por qué? —contestó Efrén saliendo a la carrera del cuarto de baño y entrando en el dormitorio antes que su madre.

—He oído ruidos...

—Será el viento, no te preocupes —explicó cerrando la puerta y observando la estancia. No había ni rastro de Laia.

Se encogió de hombros y se vistió con rapidez seguro de que se encontraría con ella en la calle.

—¿Qué ha pasado antes? —la preguntó nada más salir del portal. Tal y como había supuesto estaba esperándole cerca del parque.

—Nada, cosas de hermanos...

—Estupendo, díles que me deben una lámpara.

—Se lo diré —replicó ella aún furiosa. Luego inspiró hondo y miró fijamente a Efrén. La tarea que se había propuesto hoy iba a reportarle una

discusión de las grandes—. Hoy vamos a visitar todas las compañías de ballet que conozcas.

—¿Para qué? —exclamó él patidifuso. Lo último que quería era ver a gente bailando.

—Para buscar trabajo.

—No puedo bailar, Laia —siseó él resentido por tener que recordárselo.

—Ya lo sé, pero puedes hacer muchas otras cosas.

—¿Cómo qué?

—No sé, dar clases, hacer coreografías, limpiar las salas... pero eso no es lo importante. Lo importante es que empieces a moverte y a decirles a todos tus conocidos que vuelves a estar en el mercado laboral, y que sí se enteran de algún trabajo, te avisen. El boca a boca es la mejor manera de conseguir empleo hoy en día —sentenció ella con seguridad.

—No voy a hacerlo. No pienso arrastrarme por todas las compañías de danza de la ciudad pidiendo trabajo para que todos se den cuenta de que no podré volver a bailar jamás —masculló entre dientes a la vez que se daba la vuelta para regresar a su casa.

—Efrén, todos tus amigos ya saben que no volverás a bailar. No es ningún secreto.

—¡Me da lo mismo! No pienso pedirles trabajo.

—Y entonces, ¿qué harás? ¿Seguirás esperando una carta milagrosa de la oficina de empleo en la que te ofrezcan un trabajo maravilloso? Eso no va a ocurrir. Si quieres trabajar en lo que te gusta, tienes que olvidarte de quién eras y aceptar ser quien eres ahora.

—No lo haré y no hay más que hablar —sentenció Efrén con rabia.

—Eres un vago.

—¡No lo soy! —gritó alterado. Odiaba que le dijera eso—. Hago todo lo que puedo.

—Haces todo lo que quieres, que es muy distinto —rebató ella.

—Mentira. Me esfuerzo por encontrar trabajo, pero tengo mis limitaciones, no puedo hacer lo único que sé hacer bien, que es bailar, y contra eso no puedo luchar —arguyó desesperado.

—Entonces no eres un vago, eres un inútil.

—¡No soy un inútil!

—No, tienes razón. Eres un lisiado incapaz de hacer nada útil.

—¡No lo soy! ¡Puedo hacer cualquier cosa mejor que tú!

—Pues demuéstalo. Échale valor y acude al único sitio en el que puedes empezar a buscar un trabajo a tu medida —le desafió ella.

—¡Eso es justo lo que voy a hacer! Voy a visitar cada puñetera compañía y voy a encontrar un trabajo cojonudo, a ver si así me dejas en paz de una maldita vez —gritó dándole la espalda y comenzando a andar hacia ninguna parte.

Laia se limpió con disimulo una lágrima mientras él se alejaba furioso. No le gustaba hablarle así, pero era tan terco y estaba tan convencido de que no podía hacer nada, que la única manera de espolearle para que lo hiciera era retándole con lo que más le dolía.

—Has hecho lo correcto —musitó Antares apareciendo junto a ella en forma de brisa.

—Llévame lejos de aquí...

Efrén se detuvo instantes después. No sentía la presencia de Laia junto a él. Giró sobre sus talones observando todo lo que le rodeaba. No la vio. Se había ido dejándole solo.

—Muy bien. No te necesito para nada —gruñó entre dientes. Y era cierto. No la necesitaba, pero ah, ¡cuánta la echaba de menos!

*3 de Septiembre, 2012.*

«Puedes hacerlo, no te niegues la oportunidad» escuchó la voz de Laia.

Efrén giró la cabeza sobresaltado, su amiga llevaba dos días sin hacer acto de presencia, y ahora aparecía en el momento más inesperado y menos oportuno. Al menos había tenido la consideración de no hacerse visible.

—Efrén... ¿Pasa algo? —Le preguntó su antiguo profesor de ballet.

—Eh, no. No, solo estaba pensando.

—Entonces, ¿aceptas?

—Dame un par de semanas para meditarlo.

—Esperaré dos días, si el miércoles no has aceptado, le ofreceré el puesto a otro —Efrén asintió con la cabeza y le tendió la mano al viejo profesor a modo de despedida.

Abandonó con paso firme la escuela de danza, deseando huir de allí, olvidarse de todo lo que ya no podía hacer. Y al pisar la calle, se encontró con ella.

—No seas obtuso. Entra ahora mismo y dile que sí —le exigió Laia cruzando los brazos sobre sus deliciosos pechos. Tan hermosa como siempre.

Efrén deseó más allá de toda razón envolverla en sus brazos y besarla. Pero no lo hizo. Ni lo iba a hacer. Aún estaba enfadado con ella por lo que le había dicho. ¡Él no era un lisiado!

—No digas memeces —replicó él encarándose a ella—. No es ninguna oportunidad, es una tortura —siseó rabioso. Cualquier niño echaría a correr al ver su cara marcada, y él no pensaba soportar semejante humillación.

—¿Por qué? —preguntó ella asombrada. Era el trabajo perfecto para él.

Efrén negó con la cabeza y comenzó a caminar hacia la parada de autobús.

Laia le siguió en silencio.

Efrén aceleró el paso.

—¿Qué quieres de mí? —la preguntó deteniéndose repentinamente.

—Que des media vuelta y aceptes el trabajo que te ofrecen.

—Los niños se asustarán al ver mi cara —afirmó Efrén. El trabajo que su antiguo profesor le había ofrecido consista en dar clases de ballet a niños de cinco años.

—Se asustarán el primer día, el segundo te mirarán fijamente, el tercero intentarán tocarte las cicatrices, y si les dejas hacerlo, el cuarto se habrán olvidado de tu cara y estarán pendientes de tus lecciones.

—Se reirán de mí.

—Solo si te comportas como un bufón. Si actúas como un profesor y les demuestras todo lo que pueden aprender contigo no se reirán de ti, estarán demasiado ocupados admirándote.

Efrén la miró fijamente durante un segundo y luego comenzó a caminar de nuevo. Ella se situó junto a él.

—¿Vas a seguirme eternamente? —la preguntó enfurruñado.

—Solo hasta que aceptes ese trabajo.

Efrén detuvo sus pasos, respiró profundamente, se giró y se encaminó hacia la Escuela de Danza Diolch.

—Aceptaré ese maldito trabajo... con la condición de no volver a verte nunca más —advirtió a la joven sin detenerse a mirarla. Y fue una verdadera lástima, porque se perdió la maravillosa sonrisa de la muchacha. Sonrisa que se truncó en tristeza, al escuchar la última parte de la frase.

## Acto 6.

*Soy la voz del futuro...  
10 de Septiembre, 2012.*

—Estoy pensando en abandonar el trabajo —susurró Efrén mirando a las estrellas.

Se sentía un poco estúpido por estar en la terraza de su casa a las tres de la madrugada hablando con el cielo, pero era lo único que se le había ocurrido para llamar la atención de Laia. Había pasado una semana desde que había aceptado el puesto de maestro, desde que la había visto y escuchado por última vez... y la echaba mucho de menos.

No se había dado cuenta de lo mucho que la necesitaba hasta que ella dejó de susurrar en su mente. El primer día que no apareció para despertarle no le dio importancia, imaginando que estaría enfadada por la discusión e intuyendo que no tardaría mucho en regresar a su lado. El segundo día sin oír su voz fue un verdadero suplicio, pero estaba seguro de que en unas horas regresaría con él. El tercer día, rabioso porque ella no había vuelto, decidió que era mejor así y que no le costaría acostumbrarse a su silencio. El cuarto día comenzó a refunfuñar entre dientes ante cualquier tontería. Al llegar el sexto día se había convertido en una persona insoportable a la que no aguantaban ni siquiera sus padres y su bisabuela.

Y ahí estaba ahora. En la terraza, tentado de gritar su nombre con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Laia! ¿No me has escuchado? ¡Voy dejar el trabajo! —siseó con fuerza rezando para que ninguno de sus vecinos, o peor aún, sus padres, le escucharan.

—¿Por qué vas a hacer eso? —preguntó Laia enfadada apareciendo de la nada.

Efrén sonrió y se acercó lentamente a ella mientras la devoraba con la mirada. Tan hermosa, tan delicada y a la vez tan poderosa. Con sus pies

descalzos y su túnica de ángel. Con su cabello rubio meciéndose con el viento y su piel dorada brillando bajo las estrellas.

—Quiero que cumplas tu amenaza —la desafió acorralándola contra las puertas cristaleras de la terraza.

—¿Qué amenaza? Yo jamás he amenazado a nadie —Laia le miró aturdida. ¿Por qué se pegaba tanto a ella?

—Me amenazaste con la promesa de seguirme eternamente si no aceptaba el trabajo —Efrén apoyó las manos en el cristal a la altura de los hombros femeninos, encerrándola entre sus brazos—. Desde que lo acepté no he vuelto a verte ni a escucharte. Bien, mañana mismo me despediré. Quiero que cumplas tu promesa.

—Creí que no querías verme pululando a tu alrededor —susurró ella posando las manos sobre el torso de Efrén y apoyando su angelical rostro contra las cicatrices que se marcaban en su mejilla lacerada.

—Yo también lo pensé, —musitó él atónito al percatarse de que no le importaba sentir su caricia en ese lugar prohibido de su piel. Al contrario, deseaba frotarse contra ella, impregnarse en su esencia. Y eso hizo. La abrazó con fuerza, meciéndose contra ella, buscando su boca—. Estaba equivocado —murmuró depositando un tímido beso sobre sus labios—. Te he echado tanto de menos que me dolía. Adoro escuchar tu voz...

—Eso es porque no la has oído cantar —afirmó una voz enfada tras ellos — Laia, séparate de él. Ahora.

—¡Antares! ¿Por qué no te vas a dar una vuelta al polo norte? —sugirió la joven mirándole exasperada.

El hombre no respondió, simplemente se volvió transparente a la vez que, de improviso, se levantó un fuerte viento que arrebató a Laia del lado de su prometido.

Efrén observó turbado como la muchacha se volvía incorpórea entre los brazos del extraño hombre y ambos desaparecían ante sus propios ojos.

—¡Joder! —Sacó medio cuerpo fuera de la terraza y oteó el cielo nocturno. Buscándolos.

—Aunque no lo parezca Antares es un buen chico —susurró Marta asomada a la ventana de su cuarto. Efrén la miró aturdido. ¿Cuánto tiempo llevaba espiándole?—. Madre y los Hermanos creen que Laia es la portadora de sus sentimientos y emociones, por eso la vigilan con tanto celo, porque temen perderla. Ellos piensan que les hace ser más humanos, pero se equivocan. Salvo por sus extraños poderes, ellos son tan humanos como tú y como yo... solo que aún no lo saben. Oh, bueno... quizá Simba lo intuya.

—¿Simba? ¿El Rey León? —inquirió Efrén aturdido por las extrañas palabras de su bisabuela.

—Oh, no. Simba es el menor de los Hermanos, su nombre viene de... una broma de Madre —comentó divertida—, imagino que algún día los conocerás a todos. Pero hasta que llegue ese momento, vete a dormir. Mañana tienes que ir a trabajar —apostilló sonriente.

*11 de Septiembre, 2012.*

Efrén abandonó el edificio con la lista de la compra guardada en el bolsillo. Las clases de baile eran por la tarde, lo que le dejaba la mañana disponible para cooperar en las tareas de la casa, y comprar era lo que más le gustaba hacer. Se encaminó a través del parque hacia el mercado, y entonces la vio. Estaba junto al sendero, su largo vestido blanco ondeando contra sus pies desnudos y el pelo dorado cayendo cual cascada sobre sus hombros. Su rostro iluminado por una pícara sonrisa mientras sus manos revoloteaban nerviosas.

—Hola... —musitó casi con timidez.

—Hola, princesa —respondió a su vez Efrén, acercándose a ella a la vez que escudriñaba a su alrededor con suma atención—. ¿Vas a desaparecer otra vez? —le preguntó tomándola de la mano.

—No, Madre se enteró de que Antares me había hecho desaparecer delante de un humano, de ti, y se enfadó muchísimo. Les ha prohibido volver a secuestrarme... —comentó divertida al recordar la cara ofendida de su hermano mayor ante la regañina.

—Estupendo, no me gustó nada que desaparecieras —murmuró Efrén alejándose del sendero para ocultarse tras un grueso árbol—. No obstante, como parece que estamos solos, voy a aprovecharme un poco. —Tiró de ella, atrayéndola hacia a él—. Espero que a tu hermano no se le ocurra presentarse aquí en los próximos cinco minutos, porque pretendo besarte a conciencia —musitó desafiante antes de hacer exactamente lo que había dicho.

Laia se encontró de repente rodeada por los brazos de Efrén, su dulce cuerpo femenino acunado por la dureza de él mientras sus labios, sus dientes y su lengua hacían cosas escandalosas en su boca. La besó en las comisuras antes de morder con suavidad su labio inferior para luego succionarlo hasta que ella se rindió, momento que aprovechó para invadir su boca. Acarició con la lengua sus dientes, recorrió el cielo del paladar y por último la instó con suaves caricias a reaccionar. Y ella, para que negarlo, reaccionó encantada. Se

alzó sobre las puntas de los pies, pegándose más a él y enredó los dedos en su sedoso cabello a la vez que respondía a la invitación de su beso. Y mientras ambos se besaban como dos náufragos sedientos, una suave brisa se levantó en el parque. Una brisa que se convirtió rápidamente en vendaval. Y ellos continuaron besándose, a pesar de que las hojas caídas de los árboles formaban remolinos que se estrellaban contra sus cuerpos entrelazados. Y cuando el furioso silbido del viento azotó la melena dorada de Laia, cuando se coló entre ambos intentando separarlos, siguieron besándose. Y se hubieran besado eternamente de no ser por el rugido enfurecido de Antares.

—Debería daros vergüenza, estáis en una vía pública. ¡Cualquiera puede veros!

Efrén alejó remiso sus labios de los de Laia y contempló desdeñoso al hombre rubio que había aparecido frente a ellos.

—No vas a llevártela —afirmó desafiante, ciñéndola con fuerza.

Antares apretó los dientes y miró frustrado a la pareja. Su hermana abrazaba al muchacho con la misma intensidad con la que él la abrazaba a ella. Y eso era algo que le daba mucho miedo. Laia apenas había hecho caso a los anteriores humanos a los que él había espantado, pero con este se comportaba como si fuera suyo, como si no estuviera dispuesta a permitir que la apartaran de él... y eso significaba que estaba a punto de perderla.

—Antares... —le regañó la joven.

—No es decente besarse así en público —afirmó altivo.

Efrén abrió la boca para decirle al rubiales donde se podía meter exactamente la decencia, pero Laia se lo impidió dándole un suave y breve beso.

—Paseemos —sugirió tomándole la mano y guiándole de nuevo al sendero.

Efrén miró a Laia y al furioso rubio y, esbozando una taimada sonrisa, tomó de la cintura a su amiga y la devolvió el beso, haciéndolo más prolongado, para después asentir con la cabeza. Si Laia quería pasear, pasearían, no era cuestión de disgustarla enfrentándose a su querido hermano mayor. Todavía.

*16 de Septiembre, 2012.*

Despidió a sus pequeños alumnos con una sonrisa y tras cambiarse los pantalones de ballet por unos vaqueros y una camisa, abandonó la escuela. Estuvo tentado de bajar corriendo las escaleras, pero el latigazo de dolor en la



rodilla al pisar el primer escalón le avisó de que esa tarde ya la había forzado más de la cuenta, por lo que optó por reprimir su impaciencia. Al fin y al cabo Laia le había dicho mil veces que le esperaría durante toda la eternidad y, ¿qué era un minuto más comparado con eso?

Cuando por fin pisó la calle, una enorme sonrisa se dibujó en sus labios, allí estaba ella, hermosa como un ángel travieso vestida con unos vaqueros rotos y una camisa blanca que le había robado esa misma mañana de su armario. Se acercó a ella cojeando ligeramente y la envolvió entre sus brazos.

—Te he echado de menos —musitó antes de besarla.

Y Laia se derritió entre sus brazos.

Y, como cada vez que osaba besarla, un fuerte viento se levantó a su alrededor, en esta ocasión acompañado de una pertinaz lluvia.

—¿Se ha unido Ailean a la fiesta? —inquirió Efrén, sus labios recorriendo la frente femenina.

—Eso parece... —musitó Laia enfadada. Sus hermanos no habían vuelto a secuestrarla, pero hacían lo imposible por fastidiarla. Y estaba empezando a cansarse.

Efrén se apartó de la joven y, como por arte de magia, la lluvia cesó, al igual que el fuerte viento. Giró sobre sus talones observando con atención lo que le rodeaba, aunque sabía que era inútil, Antares no había vuelto a mostrarse desde aquella primera mañana. Por tanto, solo tenía dos alternativas, enfadarse frustrado o reírse a carcajadas por las niñerías del hermano mayor de Laia. Escogió la segunda opción. Y luego volvió a besarla, por supuesto. Y, cómo no, el viento y la lluvia volvieron a arreciar.

—¿Qué te parece si pasamos la tarde en casa? —la preguntó separándose de ella, no era cuestión de acabar empapados.

—Perfecto. Te espero en tu habitación —musitó Laia buscando a su alrededor un lugar donde pudiera desvanecerse sin ser vista.

—No —la retuvo Efrén—. Me has entendido mal, quiero decir que pases la tarde en mi casa... —Ella asintió con la cabeza, confundida. Eso era lo que había entendido—. Me refiero a... de verdad. Sin esconderte en mi cuarto para que nadie te vea. Quiero entrar contigo en casa y presentarte a mis padres... Ya sabes, como...

—¿Cómo si fuera tu novia? —finalizó ilusionada la frase.

—No, no... —rechazó aturdido—. Como una amiga...

—Ah... estupendo.

Cuando llegaron al pequeño piso se formó un verdadero revuelo a su alrededor. Marta sonrió encantada desde el sofá al ver a su amiga del alma

entrar de la mano de su bisnieto. Esther, observó atónita las manos unidas de su hijo y de Laia, y al instante siguiente una radiante sonrisa se dibujó en sus labios mientras les instaba a acomodarse en el salón y beber algo y, Mario, sentado en su sillón orejero, dejó el periódico que estaba leyendo y, tras recorrer a la muchacha de arriba abajo, lanzó una muy aprobatoria mirada a su hijo. Conversaron durante un buen rato con la familia, antes de que Efrén propusiera a Laia ir a su cuarto para escuchar música, a lo que ella asintió encantada.

—Excusas, solo quieren estar un rato solos —murmuró Marta a su nieta y su marido cuando los jóvenes abandonaron el salón. Y el matrimonio asintió encantado. ¡Ya era hora de que su hijo les presentara a la chica que le había devuelto a la vida!

—Dejemos la puerta abierta —comentó Efrén al entrar en la habitación—. No creo que a mamá le guste que me encierre contigo en mi dormitorio...

Laia asintió, sin prestar apenas atención a sus palabras. Estaba... entusiasmada. Cada mañana acudía allí para despertarle, y cada noche se despedía de él allí mismo, pero Efrén siempre mantenía la puerta cerrada, ocultándola. Hablaban en voz baja, se reían entre susurros, se tomaban de la mano en silencio... y nada más. Porque siempre había gente en la casa que podía descubrir su presencia si alzaban la voz. Pero esa tarde no. Esa tarde la había presentado a sus padres, y ahora estaban allí, los dos juntos, con la puerta abierta para que todo el mundo pudiera verlos. Y eso la llenaba de alegría.

Una emocionada carcajada escapó de sus labios a la vez que giraba sobre sus pies con los brazos extendidos.

Efrén contempló la alegría de la muchacha y, sintiéndose más feliz que nunca, se sentó en la cama y comenzó a frotarse la pierna. Laia detuvo su loca danza, se sentó junto a él y posó las manos sobre la rodilla, por encima de la tela vaquera de los pantalones. Efrén echó la cabeza hacia atrás dando un respingo. Quemaban. Sus manos quemaban. Pero a la vez alejaban el dolor. La observó embelesado mientras ella le friccionaba la pierna, escuchó arrobado la suave tonada que escapaba de sus labios e, incapaz de pasar un instante más alejado de ella, la tomó en brazos y la sentó sobre su regazo.

—Háblame de ti... —musitó enterrando la cara en su cabello dorado—. Cuéntame que has hecho durante cada segundo de tu vida qué no has estado a mi lado.

—Siempre he estado a tu lado —susurró Laia abrazándole.

—Pero yo no te veía... solo te escuchaba. Quiera saberlo todo de ti...

—No sé por dónde empezar —comentó ella encantada por su interés.

—¿Cómo conociste a bisabuela Marta? Empieza por ahí y luego continúa hasta que te vi por primera vez en la sala de espejos del centro de mayores.

Y Laia comenzó a contarle una extraña historia sobre una Madre solitaria que decidió crear cuatro hijos a su imagen y semejanza, y a una hija casi humana que les enseñara a sentir.

Y mientras Laia hablaba, Efrén la escuchaba arrobado, la cara hundida en su cuello y las manos acariciando lentamente la fina cintura de aquella a la que empezaba a amar más allá de toda razón.

*25 de Septiembre, 2012.*

—¿Te apetece ir hoy al cine? —preguntó Efrén haciendo un esfuerzo por mostrarse agradable mientras se separaba de ella. La impertinente lluvia y el molesto viento que le acosaban cada vez que la besaba en la calle se estaban convirtiendo en un verdadero problema—. En una sala es imposible que llueva o haya un vendaval... —musitó enfurruñado.

Laia asintió avergonzada a la vez que dedicaba una irritada mirada a las nubes del cielo. Esa misma noche iba a mantener una amena y entretenida charla con sus hermanos.

Efrén sonrió satisfecho, un martes en la sesión de las diez de la noche no habría mucha gente en la sala del cine, con un poco de suerte y algo de pericia, podría hacer algo más entretenido que ver una película. ¡Y sin mojarse!

Laia observó extrañada las imágenes proyectadas en la enorme pantalla. Si sus ojos y oídos no la engañaban la película era polaca... y lo que era aún más extraño, no estaba doblada al español. Y que ella supiera Efrén no entendía ese idioma, ni ella tampoco ya puestos. Estaba subtitulada pero, francamente, era muy complicado prestar atención a las frases escritas en la parte baja de la pantalla mientras Efrén se dedicaba a... a hacer lo que estaba haciendo.

Estaban en la última fila de asientos y, si no había contado mal, compartían la sala con solo tres personas más que estaba sentadas mucho más abajo. Y estaba muy, muy oscuro. Y el sonido de la película era muy, muy alto. Y Efrén la estaba besando ese punto entre el cuello y el hombro que la hacía estremecerse de placer, y mientras lo hacía su mano la acariciaba. Se colaba bajo el vestido y subía muy, muy alto entre sus piernas. Rozaba apenas

ese lugar que nadie había tocado y que era muy, muy sensible, y volvía a bajar.

Y la estaba volviendo muy, muy loca.

Tanto, que al final hizo caso omiso a la película, se giró sobre el asiento y enredó los dedos en el oscuro pelo de Efrén mientras deslizaba la mano libre por el torso masculino... y bajaba, muy, muy abajo, hasta la cinturilla de sus pantalones. Porque si él pretendía volverla muy, muy loca. Ella no se iba a quedar atrás.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ailean sentado sobre el lavabo de los baños para caballeros del cines.

—Déjame pensar —gruñó Antares girando enfurruñado en un torbellino que vació de toallitas los dispensadores.

—Podrías dejarles tranquilos... —propuso Simba entrando tranquilamente por la puerta.

—¡Pero tú has visto lo que están haciendo! —exclama Antares furioso.

—Pues no. No tengo por costumbre espiar a mi hermana —replicó Simba mordaz.

—Nosotros tampoco lo hemos visto —apuntó Ailean con sinceridad—. En cuanto han empezado a besarse hemos desaparecido... Es lo que siempre hacemos. Descargamos un poco de agua y viento, pero sin mirar atentamente lo que hacen... nos da vergüenza.

Antares puso los ojos en blanco. Su hermano mediano tenía por costumbre ser demasiado sincero... ¿o debería decir ingenuo? Acaso no había aprendido que nunca, jamás, debía dar argumentos a Simba, pues este los utilizaría para reírse de ellos eternamente...

—Vaya... que interesante —musitó el joven dorado esbozando una peligrosa sonrisa.

—¡Antares, por qué estás aquí haciendo nada! —exclamó en ese instante Merak, surgiendo del suelo como una exhalación—. ¡Laia está con su humano haciendo... cosas!

—¿Y qué propones que hagamos? —inquirió Antares enfurruñado. Estaba un poco harto de que sus hermanos siempre le preguntaran a él. Laia era de todos, y por tanto, todos tenían que cuidar de ella. No le gustaba ser siempre el malo que interrumpía a la pareja.

—Una tormenta, un huracán, algún rayo que otro, un par de truenos... Lo de siempre —indicó Merak cruzándose de brazos. Le molestaba muchísimo tener que abandonar el centro de la tierra para subir a la superficie a ocuparse de las tareas de Antares.

—¿Dentro de un cine? Estupenda idea, Merak —declaró irónico Antares.  
Merak frunció los labios, arrugó la frente y, acto seguido, volvió a sumergirse en el suelo.

—Pasa la eternidad conmigo... —musitó Laia sobre los labios de Efrén.

Efrén detuvo el deambular de sus manos sobre el cuerpo de su amada a la vez que se separaba apenas de su boca.

—La eternidad... ¿No crees que eso es mucho tiempo para decidirlo en un solo instante? —inquirió él remiso.

—Llevo años esperando tu decisión —murmuró ella mirándole con inusitada seriedad.

—Vayamos despacio, Laia... Tenemos todo el tiempo del mundo para pensarlo —rebatía con cierto temor en su voz.

—Yo tengo todo el tiempo del mundo, tú eres quien se está haciendo viejo —replicó ella fingiendo una diversión que no sentía.

Efrén esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos y volvió a besarla, más para evitar que siguiera hablando que por verdadera necesidad como hacía un instante. Había cometido un error tremendo al enamorarse de Isabel, no pensaba repetirlo. No hasta que no estuviera seguro de que Laia era tan maravillosa como parecía ser.

El beso, al principio mesurado, pasó rápidamente a tornarse febril. Una vez la tristeza fue distraída y el temor aparcado a un lado, la pasión tomó fuerza y con ella, el deseo. Y ambos amantes se olvidaron de todo, excepto de sus labios unidos y sus manos acariciantes.

Y en ese momento el suelo tembló.

Y no fue un ligero temblor. No. El suelo entero se sacudió, las paredes vibraron, la pantalla se estremeció y las butacas crujieron con fuerza.

—¡Vámonos! —gritó Efrén tirando de Laia para que se levantara y saliera corriendo como habían hecho los otros tres ocupantes de la sala.

—No. Nos quedamos —aseveró la joven sentándose enfurruñada en su asiento.

—¿No? —Efrén la miró aturdido—. Es un terremoto Laia... debemos irnos. —Se inclinó hacia ella, decidido a echársela sobre el hombro si seguía mostrándose testaruda.

—No es un terremoto. Es Merak. Y no pienso irme. ¡Estoy viendo una película! —gritó indignada porque sus hermanos no la dejaran en paz.

—¿¡A eso que hacías le llamas ver una película!?! —Merak surgió del suelo, frente a la pantalla. Todo su cuerpo incandescente cual lava ardiente—. Te estabas... ¡Besuqueando con un humano!

—¡Es mi prometido, puedo besuquearme con él todo lo que quiera! — chilló Laia encarándose a su hermano.

—¡Te estás comportando como una vulgar ramera! —siseó Merak cruzándose de brazos.

Efrén observó aturdido al hombre que parecía hecho de hierro al rojo vivo. ¿¡Cómo se atrevía a hablarle así a su novia!?! Sin pensárselo un instante se lanzó hacia él dispuesto a darle su merecido. Y en ese mismo instante se encontró flotando en el aire a dos centímetros del alto techo.

—¡Antares, bájale de ahí ahora mismo! —gritó Laia, tan furiosa, que su piel comenzó a brillar.

—Si le baja es muy probable que Merak le haga daño... —musitó Ailean con seriedad acomodándose sobre una nube que acababa de aparecer de la nada—, parece muy endeble para soportar una descarga de magma.

—Me cae bien el humano, no me gustaría que acabara convertido en cenizas —declaró Antares apoyando una mano en el hombro de Merak—. Tranquilízate hermano...

—Os tranquilizareis todos —ordenó una voz que parecía impregnada con el poder del universo.

Efrén buscó el origen de la voz, pero lo único que vio fue a los hermanos de Laia desvaneciéndose. Y, en el instante en que Antares desapareció, se encontró cayendo en picado mientras agitaba desesperado los brazos, buscando algo a lo que agarrarse. Ese algo fue Laia que, flotando junto a él, le sujetó hasta que sus pies tocaron el suelo.

—Lo siento —musitó antes de desvanecerse.

—¡Cómo se os ocurre comportaros así delante de los humanos! —les increpó Madre furiosa por el espectáculo que acababan de dar. No solo habían hecho volar a un humano, sino que Merak había aterrorizado a toda la ciudad con su estúpido terremoto—. ¿En qué estabais pensando?

—Nos diste una hermana que nos dotó de cierta humanidad... No puedes quejarte si reaccionamos como humanos —replicó Antares saliendo en defensa de sus hermanos y de él mismo.

—¿Me vas a decir de qué puedo quejarme? —Madre fijó una airada mirada en su hijo mayor.

Antares alzó la cabeza y afirmó las piernas dispuesto a soportar su cólera y lo que deviniera de ella; aún recordaba una época en la que cada vez que Madre se enfurecía y él osaba replicar, acababa en el suelo de rodillas y con la cabeza a punto de estallarle. Laia había cambiado eso. Les había cambiado a todos. Madre era más... compresiva. Menos... irascible. Y dios... ellos estaban hechos un verdadero lío. Durante milenios habían ignorado a los humanos, y ahora, Ailean se sentía fascinado por ellos; Merak, a pesar de su obsesión por el centro de la tierra, ascendía a escondidas a la superficie a observarles, y Simba se intentaba comportar como uno de ellos. Solo él parecía mantenerse inmune a sus cantos de sirena.

Madre observó a su hijo mayor, era el más fuerte de todos ellos, el más independiente, el que menos se mezclaba con los humanos... y también el más humano de todos. El que siempre defendía a sus hermanos, incluso sabiendo que podría ser castigado. El que los protegía y cuidaba...

—No me desafíes, hijo, no tienes poder para salir vencedor —dijo comenzando a desvanecerse. Antares inspiró profundamente a la vez que miraba a sus hermanos, parecía que iban a librarse de un merecido castigo—. No volveréis a mostraros tal como sois ante los humanos. Y no es una sugerencia —sentenció Madre brillando con intensidad antes de desaparecer por completo.

*26 de Septiembre, 2012.*

Efrén se mantuvo despierto durante toda la noche, esperando que Laia apareciera ante él y le dijera que todo estaba bien, pero eso no ocurrió, y al llegar la mañana y ver que ella no acudía como siempre a despertarle, decidió acudir a la única persona que podía ayudarle. Entró en el cuarto de su bisabuela, solo para comprobar que la anciana estaba dormida a pesar de que desde siempre acostumbraba a madrugar. Su respiración era más lenta de lo normal y su cuerpo delgado y frágil se estremecía con cada bocanada de aire.

La observó preocupado y retrocedió en silencio, decidido a no despertarla.

—Efrén... ¿Qué ocurre? —su voz casi un jadeo.

—No pasa nada, bisa, descansa...

La anciana arqueó una ceja, incrédula. Luego sonrió, intuía que era lo que preocupaba a su bisnieto.

—Laia no ha venido a verme esta noche —musitó mirándole perspicaz.

—A mí tampoco —confesó compungido—. Ayer discutí con sus hermanos mayores... y de repente se escuchó una voz enfadada y se

esfumaron todos —resumió.

—¿Madre bajó a buscarlos? Tuvisteis que enojarla bastante... —comentó pensativa—. No te preocupes cariño, a Madre no le duran mucho los enfados. Laia volverá esta noche, ya lo verás —musitó con apenas un hilo de voz—. Si me disculpas, tengo mucho sueño...

Y así fue. Al caer la tarde, mientras Efrén estaba trabajando, y Esther dormía en el sillón del salón acunada por el ruido de la televisión, Laia se coló por la ventana del cuarto de Marta convertida en un soplo de aire. Estaba impaciente por relatarle a su amiga todo lo sucedido la tarde anterior... los besos de Efrén, y la discusión con sus hermanos.

—Marta, ¿se te ocurre alguna manera de fastidiar a mis hermanos? Me encantaría hacerles sufrir... —declaró divertida sentándose en la cama junto a la anciana—. Voy a hacerles pagar todo lo que me han... ¿Marta?

Cuando tiempo después salió del dormitorio de la anciana atravesó el pasillo aturdida, sobresaltando a Esther al pasar frente al salón, pues la mujer, por supuesto, no la había visto entrar. No se molestó en darle una explicación a su repentina aparición allí, simplemente la miró cabizbaja y esbozando una triste sonrisa abrió la puerta de la calle y abandonó la casa.

Efrén observó desde la esquina de la calle como Laia salía del portal de su casa para después cruzar la carretera e internarse en el parque. Se apresuró a correr hacia ella, pero su rodilla le obligó a detener su loca carrera y caminar. Cuando llegó al parque, Laia ya no estaba. ¿Por qué no le había esperado? Subió a casa y entró temeroso en su habitación. Ella tampoco estaba allí. Luego se dirigió al cuarto de Marta.

—Me ha dicho que acudas mañana al Palacio de Cristal... —musitó esta antes de quedarse profundamente dormida.

*27 de Septiembre, 2012.*

—¿Dónde estás? —gritó Efrén frente al Palacio de Cristal a la vez que se frotaba con ambas manos la rodilla.

No había parado de llover en toda la noche, y en consecuencia El Retiro estaba lleno de charcos que había tenido que esquivar hasta llegar al lugar de la cita, lo que había dado como resultado que su maldita rodilla se quejara de la única manera que sabía hacer: doliéndole.



—¿Te molesta la pierna? —le preguntó un hombre de cabello, piel y ojos dorados. Todo él parecía bañado por los rayos del sol.

—No más de lo normal, gracias por preocuparte —atinó a contestar Efrén. Era la primera vez que un desconocido le preguntaba, y se preocupaba, por su dolor.

—Déjame echarte una mano —comentó acercándose a él y posando la palma de la mano sobre su rodilla. Efrén jadeó ante la balsámica calidez que se filtró en su dolorida articulación—. Un poco de calor nunca viene mal —afirmó el joven dorado—. He abierto la puerta del palacio, entra dentro y espera —le indicó a la vez que le daba una ligera palmada en la rodilla y se alejaba caminando, como si confesarle que había abierto la cerradura de un sitio cerrado mientras le masajeara la pierna fuera lo más normal del mundo.

Efrén carraspeó un par de veces, incrédulo, luego irguió la espalda y se dirigió al lugar indicado. Tal y como le había dicho el joven dorado, la puerta estaba abierta. Entró, y en ese momento fue como si todos los rayos solares del mundo se juntaran sobre ese lugar, bañándolo en un resplandor sobrenatural que le impedía ver lo que le rodeaba.

—Hola —escuchó la voz de Laia frente a él.

—¿Dónde estás? —inquirió él entornando los ojos cegado por la fuerte luz.

—Estoy aquí, acércate...

Efrén caminó hacia su voz, sintió un fuerte calor cubriendo su cuerpo y luego... la vio. Estaba frente a él. Ambos estaban ocultos bajo una cúpula hecha de... ¿Rayos de sol?

—Chico listo —dijo una voz a su espalda, era el hombre dorado—. Ahora no me hagas enfadar y mantén las manos quietas en los bolsillos del pantalón, ¿vale?

—¡Simba! —siseó Laia con las mejillas enrojecidas.

—¡¿Qué?! Si yo me arriesgo a que nuestros hermanos descubran mi engaño y me den una buena paliza, o algo peor si es Madre quien me pillas, tu prometido puede como mínimo comportarse decentemente y no hacerme enfadar. No es tan sencillo, solo tiene que...

—Mantendré las manos en los bolsillos —afirmó Efrén.

—Ya sabía yo que nos íbamos a entender sin problemas —dijo Simba guiñándoles un ojo a la vez que se fundía con los rayos que formaban la dorada cúpula.

Efrén esperó hasta que Simba desapareció por completo y luego abrazó a Laia. Un abrazo no podía considerarse indecente, ¿verdad?

—¡No puedes siquiera imaginar cuánto te he echado de menos! —musitó besándola.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Efrén? —Le preguntó Laia cortante, apartándose de él.

—Quiero estar a tu lado, y besarte... —dijo él mirándola sorprendido. ¿Por qué se apartaba de él? ¿Por qué no le besaba?

—¿Estás completamente seguro de eso? —preguntó ella posando las manos sobre las mejillas de él.

—Sí. Me gusta sentirte cerca —afirmó confundido. ¿A qué venía esa actitud tan fría?

—¿Te gusta... o lo necesitas para sentirte bien? —susurró Laia alejando de improviso sus manos de él, llevándose la suavidad y el calor—. No quiero convertirme en tu ancla, Efrén. —Él la miró sin comprender—. Estabas perdido y necesitabas a alguien que te hiciera ver la situación en que te encontrabas, que te obligara a asumir la realidad. Ahora ya estás bien, y yo no quiero ser la voz de tu conciencia ni tengo paciencia para seguir esperando tu decisión... —aseveró mirándole fríamente.

—¿Mi decisión? ¿A qué decisión te refieres? —inquirió atónito. ¿De qué narices estaba hablando?

—Hace un siglo tu bisabuela me hizo una promesa en tu nombre. Quiero saber si vas a cumplirla.

—Hace un siglo yo todavía no había nacido, no puedes pedirme que haga algo que no he prometido —musitó incrédulo. ¿Dónde estaba la dulzura angelical de Laia? ¿Por qué se comportaba así?

—No te pido que cumplas una promesa que no hiciste, te exijo que me digas cuál es tu decisión y que actúes en consecuencia. No puedo ni quiero ser tu amiga. Soy una diosa y como tal debo actuar. No voy a utilizar a Simba como escudo para esconderme de mis hermanos o de Madre, y tampoco voy a seguir escabulléndome para verte... y besarte. Y por supuesto no me voy a seguir siendo un fantasma invisible que te susurra al oído. Tengo más dignidad que todo eso —afirmó con gesto severo.

«Mentiras, mentiras y más mentiras. De mis labios solo salen mentiras» pensó la muchacha a punto de romper a llorar. Pero no podía permitirselo. No en ese momento. Tenía una misión, una misión que pronto llegaría a su fin... para bien o para mal.

—¿Qué te pasa, Laia? —preguntó él sorprendido por su actitud—. Tú no eres así. Eres dulce y cariñosa, divertida y...

—¡Tú no sabes cómo soy!

—¡Sí lo sé! Llevo escuchando tu voz desde que nací. Sé cómo piensas, cómo sientes, cómo ríes...

—Solo sabes lo que yo te he permitido saber. ¡Mírame ahora y decide! Decide qué quieres hacer... hasta dónde quieres llegar, y cuando lo sepas, búscame y dímelo... o simplemente olvídate —exigió Laia comenzando a brillar.

Efrén contempló asombrado como la mujer que había tomado por un ángel se convertía en un demonio.

El cabello de Laia comenzó a resplandecer, extendiéndose a su alrededor como si tuviera vida propia, su piel dorada comenzó a irradiar calor a la vez que se tornaba del color del magma demarrándose sobre la ladera de un volcán. Sus ojos, antaño verdes como los océanos comenzaron a cambiar de color con violenta rapidez: azules como un lago reflejando el cielo despejado, grises como la espuma del mar, negros como el fondo del océano, blancos como los glaciares. Y mientras todos estos cambios se sucedían en su físico, a su alrededor el aire danzaba, elevándola y envolviéndola en un torbellino que desprendía rayos azulados de energía.

—¿Sigues creyendo que te gusta sentirme cerca, Efrén? —susurró en la cabeza del joven la voz que tan bien conocía, aquella que había llegado a amar. Los labios de Laia, sin embargo, no emitían sonido alguno—. Toma tu decisión y házmela saber. Pero no tardes, mi paciencia se agota, y si esperas demasiado, quizá sea yo quien tome la decisión por ti... —advirtió desvaneciéndose en el aire.

—¡En qué estabas pensando, Laia! —rugió Antares enfadado. Los hermanos asintieron ante las palabras del mayor. Estaban ocultos de los ojos de Madre en las profundidades de la tierra—. Te has escondido de nosotros con engaños, utilizando al incauto Simba, para ¡mostrarte como realmente eres ante un simple humano! Si Madre lo descubre...

—¿Tienes la más remota idea de lo que podría haber pasado? Tu resplandor se veía a cientos de kilómetros, ni siquiera la cúpula dorada de Simba podía contenerlo —siseó colérico Merak—. Hasta yo he sentido la fuerza de tu poder, ¡y estaba en el mismo centro de la tierra!

—¿Por qué lo has hecho, Laia? —La preguntó Ailean pidiendo silencio a sus hermanos con la mirada. Su hermana se estaba comportando tan extrañamente como los humanos, y los humanos siempre le habían intrigado demasiado.

—Tiene derecho a saber cómo soy realmente.

—No es solo eso, Laia. Le has asustado a propósito, le has presionado y no entiendo por qué —susurró Simba acariciando la frente de la joven. Ella desvió la cara, intentado disimular su angustia—. Dices que le quieres, que siempre le has querido. Y yo te creo. Te he visto observarle día tras día, cuidar de él, emocionarte al verlo bailar y sufrir cuando él sufría. Te has mantenido en las sombras todos estos años, esperando paciente a que él estuviera preparado para conocerte... ¿Por qué tanta prisa ahora? ¿Por qué le has dado un ultimátum? Creía que los humanos se daban un tiempo para conocerse, un cortejo creo que lo llaman. ¿Por qué le exiges lo que quizá no pueda darte aun?

—Marta se muere, no puedo esperar más tiempo —dijo Laia por toda respuesta. Los cuatro hermanos jadearon aterrorizados.

—¡No puede morirse! —gritó Antares asustado, la muerte era irreparable. Cuando alguien se moría, ya no volvía nunca.

—¿Por qué no? Marta es humana... —replicó serena Laia.

Los hermanos se miraron unos a otros, comprendiendo al fin que esa vez Marta no iba a poder vencer la debilidad de su deteriorado cuerpo.

## Acto 7.

*Soy la voz de tu historia.*

*No tengas miedo. Sígueme.*

*Responde a mi llamada y te haré libre.*

*30 de Septiembre, 2012.*

—Bisa... —Marta desvió la mirada de la ventana y observó a su nieto. Efrén se había mostrado esquivo los dos últimos días, algo lo preocupaba—. Laia no es...

—¿Humana? —Terminó ella la frase—. ¿Qué significa ser humano, Efrén? Llorar, reír, sufrir, amar... eso es la humanidad, y he visto a Laia hacer todas esas cosas. Ella es humana, de una manera un tanto peculiar, pero humana al fin y al cabo.

—Me ha exigido una respuesta a la promesa que le hiciste...

—¿Te ha exigido respuesta? —Efrén asintió bajando la mirada al suelo—. Es extraño. Laia no suele tener prisa nunca. Tiene todo el tiempo del mundo a su disposición... —reflexionó Marta—. ¿Qué le has contestado? —Él se mordió los labios y se encogió de hombros—. Ah, entiendo. No debes cumplir mi promesa si no quieres, nada te obliga a ello. —El joven observó a su bisabuela intensamente—. Conozco a Laia desde hace más de un siglo, es mi mejor amiga. Ella no se va a enfadar sea cual sea tu decisión. Pero ese no es el problema, ¿verdad?

—No, no lo es. El problema es que no sé lo que quiero pero, si dejo pasar más tiempo, ella puede... desaparecer. —Efrén se mesó el pelo con rabia al pronunciar la última palabra—. Me dijo que no tardara demasiado o decidiría por mí —musitó angustiado.

—Y no sabes qué decisión tomar...

—No tengo ni la más remota idea —siseó furioso.

—Pero temes que Laia desaparezca y no puedas verla ni escuchar su voz nunca más —apuntó ella esbozando una perspicaz sonrisa.

Efrén jadeó sorprendido al escuchar la verdad que encerraban las palabras de su bisabuela. Se levantó presuroso y abandonó raudo la habitación. Al girarse para cerrar la puerta, observó la sonrisa ladina de su bisabuela y sonrió a su vez.

—A veces amamos a las personas más de lo que creemos, Efrén. A veces, es el miedo lo que nos hace perder lo que más apreciamos —le susurró volviendo a mirar por la ventana.

—Laia —susurró Efrén junto a la entrada del Palacio de Cristal. Esperó unos minutos y al no sentirla cerca, se enfadó olvidando toda precaución—. ¡Laia! Maldita sea, aparece. Solo han pasado dos días, no es demasiado tiempo.

—Cállate —siseó una voz ronca tras él. Una áspera mano cubrió su boca, impidiéndole seguir llamando a su prometida. Efrén se quedó paralizado, conocía esa voz. Era uno de los hermanos de Laia, el que brillaba como si estuviera hecho de magma—. Haces más ruido que un volcán en erupción.

—¿Has tomado ya tu decisión? —inquirió Antares apareciendo de repente.

Efrén asintió con la cabeza observando a su principal detractor.

Antares sonrió, y el mundo comenzó a girar alrededor Efrén. Todas las nubes del cielo cayeron sobre él, rodeándole en un remolino de viento y lluvia a la vez que el magma del interior de la tierra ascendía uniéndose a sus hermanos en un baile diabólico que les aislaba del mundo exterior. Y, antes de que el humano pudiera ser consciente de lo que estaba sucediendo, el suelo se abrió bajo él y cayó. Cayó al interior de la tierra envuelto en un capullo de lava solidificada, agua y viento en el que reinaba la más absoluta oscuridad.

—Tu humano no es valiente —comentó sin ninguna inflexión Aielan cuando cesó el terrorífico descenso y Efrén dejó por fin de gritar—. ¿Por qué gritaba, Laia? No corría ningún peligro, nosotros cuidábamos de él.

—Pero eso él no lo sabía, Ailean —explicó Laia con voz paciente a su curioso hermano.

Efrén pestañeó cuando ella tomó forma ante él, iluminando lo que parecía ser una caverna de reducidas dimensiones hecha de piedra negra a través de la cual se filtraban regueros de agua.

—Ve con nuestros hermanos, y ayúdalos a entretener a Madre. Yo estaré bien —le dijo al hermoso hombre que miraba intrigado a Efrén.

Ailean asintió, pero antes de marcharse, se acercó al humano y recogió con uno de sus dedos una de las lágrimas que habían derramado sus ojos. La

miró con curiosidad y luego se la llevó a los labios. La saboreó y frunció el ceño, sorprendido, antes de desaparecer formando un charco en el suelo.

—Ailean siente mucha curiosidad por vosotros —comentó Laia a modo de explicación—. ¿Has tomado ya tu decisión?

—Sí —contestó él con voz firme poniéndose en pie—. Quiero...

—Antes de que la digas en voz alta —le interrumpió Laia posando los dedos sobre los labios masculinos—, debes saber que sea cual sea, será irrevocable.

—No habrá marcha atrás —sentenció él acercándose a ella—. ¿Me quieres, Laia?

—Desde el momento en que abriste por primera vez los ojos y me sonreíste —contestó ella. Su hermosa voz destilaba sinceridad—. Y tú... ¿Me amas, Efrén?

—Te amé la primera vez que escuché tu voz, te amo ahora que puedo verte y sé quién eres, y te amaré por siempre si tú me lo permites.

Laia sonrió, no eran necesarias más palabras.

Extendió los brazos y dejó que él la envolviera entre los suyos, luego lo besó. Lo besó como solo quien ama de veras puede hacerlo. Con dulce ternura y apasionada sinceridad. Y él la enseñó con sus labios los caminos del amor. Permanecieron abrazados, devorándose en un beso sin fin que pronto se tornó tórrido. Las bocas se abrieron y las lenguas se juntaron y persiguieron, inundando el paladar de Efrén con el sabor de las esencias de la tierra.

—Estoy ardiendo, Laia —susurró sintiendo como el calor iba cubriendo su piel.

—Lo sé. No tengas miedo. Estoy a tu lado.

Continuó besándole a la vez que con caricias firmes le desnudaba. Él no se mantuvo impasible, arrugó entre sus dedos la fina túnica blanca que ella vestía, pero antes de poder quitársela, esta se desvaneció, dejándola desnuda ante él.

—Eres preciosa...

—No tanto como tu alma —afirmó ella posando las manos en los hombros desnudos del hombre e instándole a tumbarse sobre el duro suelo de roca negra.

Una corriente de aire tibio formó un delicado colchón bajo ellos, acunándolos.

—Me gustan tus poderes —musitó Efrén recorriéndola con la mirada—. Eres tan hermosa.

Laia sonrió y volvió a besarle, y mientras lo hacía se situó sobre él, rodeándole las caderas con sus largas piernas. Acomodó la pelvis contra su pene erecto y comenzó a balancearse sobre él, impregnándole con la humedad que emanaba de su sexo.

—Voy a hacer que ardas, Efrén.

—Ya estoy ardiendo...

—No lo suficiente —le advirtió ella introduciéndolo en su interior.

Efrén sintió que un calor abrasador envolvía su pene y comenzaba a recorrer su cuerpo, pero no sintió dolor. Solo placer. Un placer sublime que inflamaba sus sentidos.

—¿Qué me está pasando?

—Te estoy dando lo que soy.

Él cerró los ojos y aferró con dedos trémulos las caderas femeninas, permitiendo que ella le cabalgara hasta que llegó al éxtasis y los estremecimientos de su cuerpo le hicieron eyacular. Una eyaculación voraz que le dejó sin respiración, pero que no fue suficiente para calmar su pasión exaltada. Su pene erecto todavía estaba firmemente hundido en ella... expectante e impaciente por continuar gozando del dúctil interior de su amada.

Elevó las caderas y la escuchó jadear. Sonrió, y sin separarse de ella, giró hasta tenerla colocada bajo él.

—Ahora soy yo quien te va a hacer arder.

—No, ahora tú brillarás.

Efrén la miró confuso, no entendía a que se refería. Entonces Laia resplandeció y una pátina de luz dorada comenzó a extenderse desde su cuerpo al de él. Efrén jadeó extasiado cuando el primer rayo de sol tocó su piel, tan excitante que lo llevó al borde de un nuevo orgasmo.

Laia le envolvió la cintura con las piernas y ancló los talones a sus nalgas, instándole a moverse. Y Efrén se meció con ímpetu arrollador, enterrándose en ella con agitada impaciencia, incapaz de medir el ritmo de sus embates ni la fuerza de su pasión. Incapaz de parar hasta que ambos gritaron embriagados de placer... e incluso entonces, continuó erecto dentro de ella. Con el cuerpo sudoroso resbalando sobre la sedosa piel dorada de su amada. Pero no era el sudor lo que les hacía resbalar, sino el agua.

La caverna estaba inundada, el tibio líquido les rodeaba, cubriendo cada centímetro de sus cuerpos. Se ahogarían.

Efrén miró a Laia asustado.

—No temas. Ahora ya no eres solo humano. Confía en mí.



Confió en ella, abrió los labios y respiró. El agua entró por su laringe fría y fluida. Sus pulmones la acogieron como si la hubieran estado esperando toda la vida.

Efrén rio admirado y extendió los brazos. Laia sonrió y se abrazó a él, rodeándole aún con las piernas y los brazos. Efrén volvió a reír y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo, con ella firmemente anclada a su pene todavía erguido.

Y danzó para ella, con ella, por ella.

Danzó con esmerado cuidado, voló entre las acuosas corrientes en el más perfecto ballet que jamás había ejecutado, y mientras lo hacía, la amaba. La amaba con su cuerpo, con sus manos, con sus labios... y ella lo amaba a él, con su ardiente pasión, su fluida sonrisa, su resplandeciente admiración y su etérea sensualidad. Y mientras se amaban su danza les llevó hasta la exaltación de un nuevo éxtasis.

Y todo se difuminó a su alrededor, las paredes de la cueva se desvanecieron, el agua que los rodeaba se evaporó y una tenue corriente de aire les elevó a través de un pasillo ascendente formado por rayos de sol que fundían las rocas y los metales a su alrededor.

Y mientras volaban, continuaron adorándose, fundiéndose uno en el otro como solo dos almas gemelas pueden hacerlo. Volaron sobre la oscura noche enredados en un abrazo deslumbrante en el que era imposible saber quien poseía a quien, y cuando sus cuerpos se detuvieron en el firmamento, posándose ebrios de placer sobre una algodonosa nube, sus sentidos estallaron, consumiéndolos, llevándoles a cimas que ningún humano o inmortal había alcanzado jamás.

Ailean observó a su hermana y a su nuevo hermano. Estaban dormidos. Se acercó hasta ellos y ordenó a la niebla que cubriera sus cuerpos desnudos.

—¿Crees que algún día podremos experimentar lo que Laia siente por él, Antares?

—No. No somos como Laia, nos falta su humanidad. Debemos conformarnos con verla feliz.

Ailean asintió cabizbajo, despidiéndose de sus hermanos y convirtiéndose en lluvia.

Simba suspiró, y creó una cúpula dorada sobre el cuerpo de los amantes, aunque sabía que no bastaría para ocultarlos de Madre.

Merak frunció el ceño a la vez que con una de sus manos se acariciaba el pecho, a la altura del corazón, luego dio un bufido y descendió veloz hacia las entrañas de la tierra.

Antares resopló enfadado; comprendía a sus hermanos, sentía lo mismo que ellos, pero nada podía hacerse. Se tumbó sobre una corriente de aire y espero paciente a que Madre los encontrara y se enfureciera.

—¿Qué has hecho, Laia? —tronó la voz de Madre despertando a los amantes.

Laia se apresuró a envolverse con una túnica de fina niebla e hizo lo mismo con Efrén que la miró aturdido para luego observar deslumbrado a Madre.

Sí. Madre solía causar esa impresión las primeras mil veces, luego llegabas a acostumbrarte.

Antares, Ailean, Merak y Simba rodearon protectores a su hermana.

—Te he traído un regalo, Madre —declaro Laia esquivándolos, su voz mostraba respeto y, astucia—, un nuevo hijo, uno que nació siendo humano.

Madre arqueó una de sus perfectas cejas y observó a su hija; sabía que la estaba engañando, que el hombre que miraba arrobado a su pequeña era aquel al que la joven llevaba amando toda su vida. Su amante, su marido, la mitad que complementaba su ser.

—Será interesante tener un nuevo hijo —aceptó al fin. Los hermanos dejaron de contener la respiración.

—Madre, ahora que has admitido a Efrén en nuestra familia debes saber que no está solo. Él tiene... —comenzó a decir Laia sin saber cómo expresarse para convencer a Madre para que la dejara hacer lo que quería hacer.

—Ve a buscarla y tráela junto a mí, Laia, pero deja que su cuerpo se quede en la tierra a la que pertenece —ordenó Madre, luego miró a sus díscolos y adorables hijos varones—. Acompañad a vuestra hermana y a su... amado.

—Efrén, escúchame con atención —le susurró Laia tomándole de las sienes, cuando se posaron en la terraza de su casa—. Marta se está muriendo.

—¡No! ¡Eso es imposible! —jadeó aterrorizado—. Bisa Marta no puede morir, no todavía. ¿Por qué dices eso?

—No es solo tu bisabuela —dijo Antares, sujetándola antes de que entrara como una exhalación a la casa y asustara a sus propios padres—. Todos consideramos a Marta como nuestra hermana. Madre ha dado su permiso para que la llevemos junto a ella.

—¿Qué? —Efrén miró confuso a Laia, esta le sonrió tranquilizadora.

—Madre puede hacer que viva eternamente. Pero no quiere su cuerpo, quiere su alma, y eso será lo que le llevemos —ante la cara horrorizada de Efrén, Laia siguió explicándole—. Madre conoce a Marta desde que nació, la quiere, como nos quiere a nosotros. Para ella es una hija más. La cuidará, y Marta vivirá con nosotros, pero necesitamos tu ayuda. Solo tú tienes su misma sangre. Tuya es la elección, puedes dejar aquí su alma, o llevarla junto a nosotros.

—¿Dónde has estado? Llevas una semana desaparecido —exclamó su madre cuando él entró en la habitación. Efrén parpadeó sorprendido, ¿una semana? Creía que solo habían sido unas pocas horas—. La abuela se muere, y nadie puede hacer nada —murmuró sollozando.

—Lo sé, mamá, lo sé —susurró abrazándola. Tras ella, invisibles al ojo humano, Laia y sus hermanos esperaban pacientes.

—¿Efrén, eres tú? Acércate y déjame verte —le llamó Marta. Él obedeció al instante—. Brillas —musitó en su oído—. Te veo brillar. Has elegido bien, mi niño. Serás feliz junto a ella.

—Te voy a llevar con nosotros, Bisa, Laia y sus hermanos están aquí. Madre te está esperando. No te dolerá, solo tienes que dejar que te bese —susurró él contra la ajada mejilla de la anciana.

## Acto Final.

*Soy la voz del pasado que siempre será...*

*Soy la voz del futuro...*

*Soy la Voz...*

Efrén contempló embelesado a su bisabuela. Marta era joven de nuevo y reía como una niña mientras corría tras Simba, Antares los perseguía divertido por el cielo, haciendo bailar las hojas de los arboles, mientras Merak hacía elevarse el suelo bajo los pies de Simba para que este trastabillara y cayera sobre los charcos que Ailean formaba a su paso.

Y su bisabuela seguía riendo, y saltando, y corriendo, y brillando...

Jamás pensó que un alma humana pudiera ser tan hermosa.

Giró la cabeza y observó a su mujer Laia estaba junto a él, sonriendo por las payasadas de sus hermanos y animando a Marta para que cazara a Simba y le diera su merecido.

No le hacía falta mirarla para saber que el alma de su amada resplandecía con el mismo fulgor que la de su bisabuela. Eran almas hermanas. Solo que Laia era mitad humana mitad diosa, y le pertenecía a él, únicamente a él. Era suya. Y él de ella.

—¿Te he dicho hoy cuanto te quiero? —le susurró al oído, deleitándose con la calidez de su suave cabello dorado.

—Sí, me lo has dicho unas mil veces —contestó ella sonriéndole—, pero aún no me lo has demostrado... y ya es casi media mañana. —La mirada pícaro que le dirigió, inflamó la sangre que corría por sus venas.

—Habrás que solucionar ese terrible olvido —insinuó tomándola de la mano e instándola a elevarse hacia el cielo junto a él.

—¿Bailarás para mí?

—Siempre.

Fin



NOELIA AMARILLO nació en Madrid el 31 de octubre de 1972. Creció en Alcorcón (Madrid) y cuando tuvo la oportunidad se mudó a su propia casa, en la que convive en democracia con su marido e hijas y unas cuantas mascotas. En la actualidad trabaja como secretaria en la empresa familiar, disfruta cada segundo del día de su familia y amigas y, aunque parezca mentira, encuentra tiempo libre para continuar haciendo lo que más le gusta: escribir novela romántica.

Su relato *El corazón de una estrella*, fue uno de los cinco ganadores del I Premio Narrativa Romántica La Máquina China.

## **Notas**

[1] The Voice, Celtic Woman. <<

[2] Simba: León en Suajili. <<